



9







1400

AD2-643  
HL-R-88-A  
1809/9

N.6.

# CENTINELA

## CONTRA FRANCESES

POR D. ANTONIO DE CAPMANY.

DEDÍCALO

AL EXCMO. SEÑOR D. HENRIQUE HOLLAND,  
LORD DE LA GRAN BRETAÑA.

ARRETO  
COMANDO DE ARTILLERIA



MADRID.

Por Gomez Fuentenebro y Compañia, y por su original en la  
Imprenta de la calle de Santo Domingo, año de 1809.

CENTINELA

CONTRA FRANCÉS



1809  
9

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR  
(MUSEO DE LITERATURA)  
SIGNATURA 1809-6  
ARMARIO 5 TABLA 4



MADRID

Imprenta de la calle de San Damián, año de 1809

# AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON HENRIQUE HOLLAND,

LORD DE LA GRAN BRETAÑA.

**N**o los títulos de la amistad, no los del reconocimiento, son solos los que me obligan á dedicar al respetable nombre de V. E. el desahogo de este acongojado corazón mio. Dulce cosa es el amor entre los hombres; gratisima la memoria del favor recibido; mas dulce, empero, es el amor á la patria, y el consuelo de poderla llamar LIBRE á los ojos de un Lord de la Gran Bretaña, en donde solamente se pronuncia y conoce esta sagrada voz en toda la plenitud de su significado, y adonde, como á un sagrado, han tenido que refugiarse las reliquias del moribundo patriotismo que han podido salvarse del sable exterminador del tirano de los tronos, y de la humana sociedad. ¿A quién, pues, con mas derecho podría dirigir este primer ensayo de la redencion española, y de la libertad de la imprenta, que á un sabio inglés, siempre amante de España y de los españoles, hasta compadecerse, como si las hubiese de sufrir, de las calamidades que nos amenazaban por la torpeza y desafuero del despótico Privado que preparaba nuestra perdicion? ¡Oh! recuerdos tiernos y preciosos de nuestras familiares y francas conversaciones en Madrid! ¡Quántas veces en nuestros solitarios paseos contemplabais, Milord, con profunda meditacion nuestro alegre horizonte, y viendo el cielo y suelo que la prósvida naturaleza nos habia repartido, no podiais re-

primir vuestra afeccion, y me deciais. . . ; Estos generosos sentimientos bien los testificó V. E. á quantos tuvimos la dicha de tratarle, y de admirar sus profundos conocimientos políticos y literarios, realzados con su profunda modestia, é ingenua amabilidad. Conocia V. E. lo que habíamos sido los españoles, y lo que podríamos ser baxo de una mano <sup>sola</sup>, porque conocia nuestra historia <sup>antigua</sup>, política, y militar: y buscaba, y leía nuestros libros, enamorado de nuestra lengua, y de ellos sacaba nuevas ilustraciones con un conato y afición, como si se hubiese encargado del oficio de Cronista de los reynos de España.

Supe, por una feliz casualidad, que habia V. E. preguntado por mí á los principios de nuestra interrumpida correspondencia. Sí, Milord, vivo aún, despues de haber tenido tantos motivos para aborrecer la vida: vivo sí, para ver el castigo de los que me tenían presas las manos y la lengua: vivo para predicar el santo nombre del Dios de los exércitos, el triunfo de la virtud, y las glorias de la patria: vivo, en fin, para que pase por el mar libre, de mis manos á las vuestras este testimonio de mi inalterable fé y gratitud. Dispensadme, Milord, vuestras órdenes si no quereis dexar ociosos mi amor y obediencia; y hacedme participante del gozo de vuestra alma, desde que la lealtad española abrió á la generosidad inglesa el gran teatro de esta península, en donde pueden brillar el valor y el honor de entrambas naciones, pues hay campo para todas.

Milord, soy con el mas profundo respeto el mas afecto y reconocido servidor

de V. E.

Antonio de Capmany.

Madrid 15 de Septiembre de 1808.

# CENTINELA

## CONTRA FRANCESES

POR DON ANTONIO DE CAPMANT.

**N**o es éste tiempo de estarse con los brazos cruzados el que puede empuñar la lanza, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar del don de la palabra para instruir y alentar á sus compatriótas. Nuestra preciosísima libertad está amenazada, la patria corre peligro, y pide defensores: desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada, y los otros con la pluma. Ya vino el dia en que pueden salir del pellejo los corazones; y puedo yo añadir que he llegado dichosamente á la época de mi edad, en que el hombre de bien y el buen ciudadano, ni por esperanza de mejor fortuna, ni por temor de la muerte, debe hacer traicion á su conciencia. ¿Qué diria de mí la patria? ¿Qué pensarian los buenos y los malos de mi silencio? ¿Yo mudo ahora? ¿Yo, que hace tantos años que no he empleado la pluma y mi zelo sino en honra y gloria de mi nacion, ahora sin dar señales de vida en el momento en que el enemigo de la Europa maquína su esclavitud, ó su desolacion? Manos á las armas, y Dios bendiga la noble intencion de tan santa empresa.

Despues de tantos y tan varios papales, publicados dentro y fuera de la Corte, ya en prosa, ya en verso, desde la retirada de las tropas francesas, que mal viage lleven, ¿qué título podia yo elegir sin repetir alguno de

los usados ya, en esta época del desahogo nacional, bajo los nombres de diálogos, avisos, consejos, clamores, proclamas, lamentos, y otros alegóricos? Pero, acordándome que anda entre nuestros libretes uno intitulado *Centinela contra judíos*, me pareció adecuado título para aplicarle á los franceses de de hoy, peores que judios en sus pensamientos y mas crueles que trogloditas en sus obras, desde que se han dexado regenerar por el impío y atroz Napoleon (llamado en el siglo Bonaparte), pues tienen á dicha, honra y blason, no con pequeña vanidad y orgullo nacional el postrarse á sus inmundas plantas. Adoran allí con temor y con temblor su exêcrable nombre, y besan con el mas humilde respeto, y *sensibilidad* convertida en instinto, las cadenas imperiales con que su Imperial Magestad los ha ido enlazando en fraternidad imperial, haciéndoles olvidar la reciente republicana, y la antiquísima cristiana, para formar la grande familia de esclavos escogidos que componen hoy el Imperio francés, no siéndolo su augustísimo intruso Emperador, aborto de un islóte, de cuyos benignos naturales se dice, como por proverbio, *que no perdonan hasta despues de muertos*.

Aunque parezca ya intempestivo el oficio de centinela entre mis compatriotas, que con muy costosa experiencia han tenido que desengañarse de las depravadas intenciones del atrocísimo Corzo, que á título de íntimo Aliado nos habia dexado sin camisa, y con el de Protector venia ahora á quitarnos el pellejo, que era lo único que nos quedaba; no será inútil, ni fuera de tiempo, prevenirnos contra qualquiera temor, ó desconfianza que pudiesen infundir en animos apocados el poder de sus armas, la fama de sus victorias pasadas, y los decretos de su venganza; ó contra toda esperanza de paz, ó de amnistía, que nos ofreciese su pérfida política, sostenida por sus íntimos consejeros, tan iniquos como su amo: porque nunca ha errado S. M. I. y R. en la eleccion de sus ministros, ni en la de sus fieles generales, que cumplen rigurosamente sus atroces preceptos, no solo como buenos servidores, sino como siervos viles.

Bien preveía yo algunos años hace en vista del sistema que seguía este afortunado usurpador en el curso de sus conquistas, que la España no sería el menor objeto de su insaciable ambición; por que tarde ó temprano debía invadirla, luego que acabase de cortar, ó de abrirles los cascós á las demás testas coronadas, para revestirse despues del título de *Rey de Reyes* que se hacia tributar el vanísimo y sobervio Tygránes deslumbrado de su poderío. Pero confieso que me engañè, y que perdí el juego con buenas cartas, creyendo que suspenderia la invasion de temor de perder con ella los dominios de ambas Américas, pues rompía el conducto por donde solo podia y debía venir á la Francia en una paz general el oro y plata del nuevo mundo, y sus ricas producciones en retorno de los envíos de géneros de las fábricas européas, cuya absoluta ruina era inevitable.

Pero al fin su natural impaciencia, su errada confianza, y la ignorancia de sus sagaces consejeros, que respiran el ayre que les quiere repartir, le precipitaron á consumir su malvado proyecto, luego que se desembarazó de enemigos en el continente, y despues de haber disfrutado, como de hacienda propia, los fondos de nuestro erário con pretextos que le daba aquel iniquo y fatal Tratado de alianza perpetua que nuestro ignorante y tímido Godoy, muchos años antes de ser traidor á su patria, ajustó y firmó con el venal Directorio. Los males y calamidades que hemos sufrido y sufrimos ahora cuentan la fecha desde aquel imprudente é ignominioso Acto, que fué el prelúdio de la sabiduría y sagacidad diplomática del flamante Príncipe de la Paz, á cuya inexperta y desgraciada mano estaba entregado el timón de esta gran Monarquía, y lo ha estado hasta que él mismo ha echado á fondo la nave y la tripulacion.

Por aquel violento Tratado quedó la España esclava y tributária de la Francia perpetuamente. Desde entonces quedó esta Monarquía políticamente conquistada,

4  
y como tal ha sido siempre tratada por el Gobierno francés. Sus Embaxadores nos adulaban recién llegados, luego nos amenazaban, y al fin se despedían llenos de tesoros y de regalos, y muy ricos de noticias de nuestras miserias, hijas de la negligencia y flaqueza de nuestro Gobierno, depositado con absoluta soberanía en los torpes brazos de aquel disoluto garzon, que no los tenía abiertos de día y de noche sino para estrechar en ellos bellezas prostituidas á la lascivia de un otomano bautizado, que con tan costosos sacrificios vendía los favores, los honores, y los empleos del Estado. Y como el Corzo, siendo Cónsul, y despues siendo Emperador, no queria que uno solo mama-se la cabra, mudaba tan á menudo sus Mercurios, quienes venian con nuevas instrucciones, y con pretensiones mas insolentes: y de este modo se repartia entre muchos el fruto de su interesada mision, llevándose cada uno á su amada Francia parte de la sustancia de la despreciada España.

Por aquel infame Tratado nos hemos visto obligados á romper dos veces con la Inglaterra, padeciendo pérdidas y ruinas imponderables en nuestro comercio y navegacion, en la marina militar, y en nuestras fábricas, interrumpida toda comunicacion con las Indias, patrimonio del Imperio Español, y separados los hermanos de esta península de los de aquel emisferio despues de tres siglos que heredaron la lengua, las leyes, el honor, y la religion de España.

Por aquel infame Tratado hemos tenido que armar y mantener esquadras auxiliares para perderlas en todos los combates, en que por mandado del sapientísimo Napoleon hemos tenido que combinar nuestras fuerzas marítimas con las francesas, ó de proteger sus disvariados proyectos navales, para cuyo acierto la fortuna no le ha sido tan propicia como en los de tierra: allí no ha podido servirse de sus malas artes. Por ayudar á nuestro íntimo amigo y aliado, ó mas bien por obedecerle, hemos visto destruida en menos de seis años nuestra marina con pérdida de 8

navios de tres puentes, 26 de línea, y otras tantas fragatas, aniquilados nuestros arsenales, sacrificados muchos millones, y la vida de mas de 2000 hombres embarcados. Nos hace estremecer la memoria sola de la batalla de Trafalgar; á cuya fatal accion nos obligó la ignorancia, petulancia, é impaciencia francesa, sostenida por el desatinado é irresoluto Godoy (confundale Dios, amén). Bonaparte instaba por momentos la salida de la grande armada, no para pelear, sino para llevar nuestros navios á Tolón; pues desde que salieron de Cádiz, ya no eran de España, ni habian de volver á ella. Tragáraselos el mar, ó consumiéralos el fuego, si hubiesen podido salvarse tantos millares de víctimas, antes que aumentar con nuestras fuerzas las del Tirano, que habia de venir despues á conquistarnos. En fin, si nos fuese posible cerrar nuestros corazones al dolor y á la compasion, ganámos en aquel funesto dia una victoria contra Napoleon, que no pudo lograr su pérfido plan de coger intactos nuestros buques, y vivitas nuestras tripulaciones en sus puertos, cuya costosísima manutencion debia correr á expensas de nuestro erario; nueva sanguijuela de la sangre de nuestra nacion, con la que iba engordando el Gran Ladrón de la Europa.

Por aquel infame Tratado nos estubo arrancando ese Napoleon con fieras peticiones el subsidio de tropas en dinero, pues le tenia mas cuenta que en carne, á razon de doce millones de duros al año, cuyos plazos nos pedia con la autoridad de un soberano sobre sus súbditos, y al menor retardo nos amenazaba con la conquista. Pero creciendo despues su sobervia con su misma potencia, y nuestra timidez con nuestra debilidad, nos sacaba dinero, carne, y esquadras.

Por aquel infame Tratado, acometido Godoy por una parte por el Gobierno Británico, que no queria permitir que con nuestros millones engordase el dragron de la Francia; y por otra, amenazado de las iras de aquel dragon si intentaba separarse de su obediencia; en vez de

B

negársela con firmeza, armando cien mil españoles, de los quales no hubiera ido ninguno al Norte como fueron despues (¡qué dolor y qué ignominia!), y contando con las fuerzas de la Inglaterra, que hubiera hecho causa comun; prefirió reñir con el Gabinete inglés, hasta echar la bravata al ministro que entonces residia en Madrid: que enviaria á Napoleon 60,000 españoles para el desembarco de Inglaterra. ¡Quántas desgracias llovieron sobre nosotros por esta primera desavenencia diplomática! En los primeros tres meses de guerra perdió la nacion en buques, cargamentos y plata el valor de 40 millones de pesos.

Pero, me dirán, aquel Godoy, instrumento de nuestra ruina, aun antes de ser traidor, que provocaba la guerra, y no podia dexar de ver próximo el rompimiento, ò el peligro de las hostilidades marítimas; ¿como no despachó con tiempo, y con secreto, desde nuestros puertos avisos á la América, á Canárias, y al encuentro de nuestros retornos para suspender toda navegacion, y evitar tanta ruina? Pero ¿qué podiamos esperar de aquel idiota, aconsejado de su propia ignorancia, que en tres quartos de hora, medio en pie, medio sentado, con el cigarro en una mano, y pellizcando con la otra alguna beldad de su devocion, despachaba la inmensidad de negocios de ambos mundos, unos de palabra á lo oráculo, y otros con breves y obscuras resoluciones á lo tirano?

Pocos dias antes de esta precipitada ruptura con el ministro Británico, que degeneró en pependencias y de-nuestros personales, podia aquel Privado, á no estarlo de razon y de juicio, haber libertado la España para siempre del pesado yugo de aquel ruinoso Tratado, que el mismo dexó que nos pusiese perpetuamente el Gobierno francés, á tan buen amigo de nosotros entonces, como lo es el actual. Véase la sana y leal intencion con que estan concebidos sus Artículos, tan lacónicos como ambiguos, para encubrir la malicia y engaño de su contesto con la estudiada brevedad y aparente sencillez de sus cláusulas, dictadas y extendidas en París, como ahora las de la re-

ciente y sábia *Constitucion* sin habernos dexado en uno y en otro caso mas intervencion que el trabajo de traducirlas, y de firmarlas. ¡ O ! Francia, quando pagana, y quando cristiana; ora monárquica, ora republicana; ya sábia, ya bárbara, ya libre, ya esclava; siempre por sistéma enemiga de la España ! Y vosotros, Españoles, siempre honrados y generosos, y siempre engañados!

Ya os llegó la hora, magnánimos hijos de este noble suelo, de regeneráros por vuestras propias manos, y no por las impías del déspota que os venia á robar vuestra libertad. Ya os llegó la hora de sacudiros de tan pesadas cargas como os abrumaban, haciendo la guerra al Gran Napoleon, grande en fiereza, grande en perfidia, y grande en crueldad: pues solo con la guerra podiais romper tan duras y afrentosas ataduras.

Con la guerra vengarémolos de una vez tantos agravios como hemos padecido veinte años seguidos, y tantos males como nos tenian abatidos, y en visperas de abismarse nuestra nacion. Esta fatal suerte veía muy cercana Napoleon, como él mismo nos lo dice en sus proclamas, para que le agradezcámos el anuncio del mal y el consuelo. En efecto nadie podia conocer mejor nuestras desdichas que el mismo que las habia causado: asi guarde para los suyos el remedio que su innata beneficencia y notoria compasion nos tenia preparado. ¡ A quantos de nosotros nos tendria destinados ya para limpiar las botas á sus brutales corazeros, ó encender la pipa á sus impudicos é insolentes mamelúcos !

Con la guerra abriremos nuestros puertos, cerrados tres años hace por obedecer los bárbaros y antipolíticos decretos del rabioso Napoleon, que habia hecho de todas las playas y costas de la Europa un tristísimo desierto, para *bloquear* y hambrear á la Inglaterra segun su fanfarrona sentencia; al paso que le dexaba todos los mares conocidos y no conocidos abiertos á su comercio, y sujetos á su imperio, ¡ Qué profundo y sabio politico ! ¡ Qué sagaz

\*

calculador, sacarse ambos ojos por sacar uno al enemigo! ¡ Por no dexar entrar el enemigo en su casa cerrarle las puertas, y quedarse encerrado en ella sin poder recibir socorro de la agena, ni salir á buscar su subsistencia, ni él, ni sus amigos y aliados! Pues á este horroroso extremo nos tenia reducidos sin ser nuestro soberano. Que en las costas de su usurpada Francia mandáse cerrar los puertos y las puertas, pues ya habia mandado cerrar las bocas á los obedientísimos esclavos de su despotismo; en todo esto usaba de su suprema autoridad, consentida por ellos. Pero ejercerla en nuestra España, obligandonos, por un precipitado decreto suyo fecho en Varsovia, á morirnos de hambre y de miseria, sin comunicacion directa ni indirecta con el resto de las naciones; es insolencia y soberbia inaudita el intentarlo, y humillacion y paciencia mas inaudita el sufrirlo y obedecerlo nuestro miserable Gobierno, deshonrado por la insensibilidad de Carlos, y la ineptitud y poca vergüenza de su endiosado favorito.

Con la guerra abriremos el antiguo comercio y comunicacion con la Inglaterra, gozosa de reconciliarse con nosotros, pues sabe que nuestra nacion, hecha juguete de los caprichos de un monstruo de la fortuna, no tenia parte ni en la guerra ni en la paz, y ansiosa de recibir nuestros frutos de uno y otro emisferio, nuestros productos de la naturaleza y del arte, nuestras lanas, nuestra amistad, nuestro trato generoso y franco con el qual congenia tanto el suyo. Contando nosotros con su poder y sus auxilios, y ella con nuestro valor, constancia, y union; se cimentará una alianza natural é indeleble, una venganza comun, un odio eterno contra el enemigo comun del continente, contra esa Francia vil y deshonorada, que se ha dexado esclavizar, barbarizar, empobrecer, y consumir por un tirano advenedizo, que ha convertido sus habitantes en ladrones armados, enemigos naturales del resto de los humanos.

Con esta guerra navegaremos, restauraremos nuestra aniquilada marina, nuestras decaidas fábricas, nuestra

semimuerta industria, nuestro tráfico marítimo y terrestre. Cerrarémos para siempre el contrabando de los Pirineos, convirtiendo en isla nuestra península: y no veremos mas las caras de pastel de tanta modista y mercachifle, que tenían, como plaga de la langosta, apestadas nuestras ciudades. No nos introducirán nuestros caros vecinos mas generos de sus brillantes fábricas, ni mas tabaco en el alma de los cañones y obúses, y en los carros cubiertos, y equipages de sus indecentes generales, contrabandistas al entrar, y ladrones al salir de España.

Con esta guerra terrible, pero saludable, instrumento para nuestra eterna prosperidad, no nos inocnlarán mas el impío filosofismo, y la corrupcion de costumbres de sus venenosos libros, que tanto daño han hecho en la juventud, trasformando á hombres y mugeres en arrendajos de su lengague, ideas, y fingida moralidad teatral: porque entre los franceses rodo es farsa, empezando por la virtud. La gente que llamamos culta y literata, todos eran hijos de España, pero gran parte tenían su corazon en Francia, es decir, que enamorados de sus libros, estaban casados con los autores: y de este casamiento ¿como podrán salir ciudadanos defensores de la patria que nunca amaron? Tratarémos amigablemente con los Moros, que no nos desprecian ni aborrecen, y nos guardan la fé que no conoce el infame Gobierno francés. Nos darán trigo, gallinas, y ganados, si lo necesitamos, y cavallos para la guerra. No nos vendrán á quitar el pan, y la carne, que á ellos les sobra, ni el vino que no beben, y nos enviarán dátiles, miel, y cera, en lugar de balas, acibar, y llamas de pólvora que nos han regalado los christianisimos franceses.

Con esta guerra vendrán los frutos y caudales de América detenidos quatro años hace: surcarémos el Oceano otra vez, abriendo las comunicaciones entre ambas Indias, y renacerá la contratacion marítima, de que nos tenía privados el bárbaro Napoleon desde que nos ató al carro de su esteril y funesta gloria.

Con esta guerra volverémos á ser españoles rancios,

á pesar de la insensata currutaquería, esto es, volverémos á ser valientes, formales, y graves. Tendrémos patria, la amarémos, y defenderémos, sin necesidad que nos proteja el Protector tirano de la esclava Confederacion del Rhin. Tendrémos costumbres nuestras, aquellas que nos hicieron inconquistables á las armas, y á la política estrangera. Cantarémos nuestras xácaras, baylarémos nuestras danzas, vestiremos nuestro antiguo trage. Los que se llaman caballeros montarán nobles caballos, en vez de tocar for-  
tepiáno, y de representar caseros dramas sentimentales apes-  
tando á francés. Volverémos á hablar la castiza lengua de nuestros abuelos, que andaba mendigando ya, en medio de tanta riqueza, remiendos de xerga galicana. Aprende-  
rémos el árabe, el griego, y el inglés, y despues el ita-  
liano y el aleman si se sacuden de la dominacion napoleó-  
nica; y si no, no. Nuestra lengua volverá á ser de mo-  
da quando el ingenio y seso de los españoles produzca obras dignas de la posteridad, y quando la moral y la po-  
lítica, cuya jurisdiccion vamos á fixar, salgan en trage y  
lenguage castellano.

Con esta guerra reconquistarémos, no dominios ul-  
tramatinos que nos acarrearían otras nuevas; sino lo que  
es mas glorioso y precioso, nuestro nombre, aquel nom-  
bre tan respetado en otro tiempo de cultas y de bárba-  
ras naciones. Renovarémos nuestra antigua fuerza física y  
y moral, que forma la potencia política de los gobiernos;  
y la mejoraremos con nuevas leyes fundamentales, sentadas  
sobre bases eternas é indestructibles. Darémos exemplos de  
sabiduria á los demás pueblos de Europa, de la suerte  
que hoy se los damos de fortaleza y valor para recobrar  
la libertad perdida, en cuya heroyca empresa hemos te-  
nido la gloria de ser nosotros los primeros. Aprendan las  
naciones del esclavizado continente el arte de romper la  
bárbara cadena que sufren; nosotros les enseñarémos á ven-  
cer, ó á morir para no ser vencidas.

Con esta guerra limpiarémos la Guia de foraste-  
ros de los nombres asquerosos de las familias reynantes

napoleónicas, y de sus satelites coronados. Recobrarémos la libertad de publicar la Gazeta de nuestra Corte toda de nuestra cosecha, ó eleccion, y no dictada al beneplácito de los Embaxadores de Francia, que tenian atadas las manos al compositor en los artículos concernientes á noticias políticas y militares del resto del mundo: pues debian copiarse servilmente del mentiroso *Monitor*, y *Publicista* de París, únicos periódicos que se permitian leer y extractar. Esta dura dependencia, por no decir servidumbre, ha tenido que sufrir algunos años nuestro Gobierno, obligado á mantener engañada y alucinada la nacion, ignorante del estado político de la Europa, y de la verdad de los hechos que desfiguraban, y de los que ocultaban los papeles públicos de Francia, que solo decian lo que su ministerio les mandaba, ó les permitia decir.

Con esta guerra, única salud de la patria, saldremos del peligro espantoso de perecer todos al rigor de una hambre general, si por última desgracia no nos hubiese favorecido el Cielo con la abundante cosecha del año último y del presente: pues los decretos del bárbaro é iracundo enemigo de la Inglaterra, antes de habernos conquistado con las armas nos tenian cerrados los puertos de esta peninsula á todo pabellon. Ni de moros, ni de cristianos, por la represalia y despecho de la Inglaterra, podíamos esperar socorro en caso de necesidad. ¡Qué horrorosa perspectiva se presentaba á mi imaginacion, quando, para acrecentar mas mis temores, veía entrar legiones de demonios ó franceses, á comernos nuestro pan!

¿Qué sería ya de nosotros si se hubiese repetido la carestía y miseria del año 1804, con la sobrecarga de nuestros parques y compasivos huéspedes, de cuyas mesas hubieramos esperado, como perros, algun mendrugo que roer. Nueve meses, antes de la menor hostilidad los han tenido encima las dos Castillas á razon de 200<sup>o</sup> libras de pan, 5<sup>o</sup> fanegas de cebada, 6<sup>o</sup> arrobas de paja, y 100<sup>o</sup> libras de carne, diariamente. Añádanse las pérdidas y desperdicios causados por las violencias de la exacción arbitraria.

Con esta guerra nos libertaremos de tener otras, pues de dos siglos á esta parte todas han sido por la Francia, ó contra ella. Por estar su territorio interpuesto entre nosotros y los demas pueblos de Europa, no nos podremos abrazar como hermanos, pero les alargaremos la mano por los puertos marítimos que visitará el pabellon anglo-hispano: por estos les comunicaremos nuestro esfuerzo, nuestro exemplo, y nuestra eterna amistad contra el comun tirano, escándalo de la tierra.

Con esta guerra nos libreremos de la molestia y asco de dar oídos á la fastidiosa turba de sabihondos, ideólogos, filósofos, humanistas y politécnicos, todo en una pieza, que, sin perjuicio de las que viniesen despues, nos iban introduciendo *escuelas centrales, normales, elementales, institutos, y establecimientos de beneficencia*, por no nombrar, á estilo español y cristiano, fundaciones ó casas de *cari- dad, ó de piedad, ó de misericordia*; y todo para formar el espíritu y el corazon á la francesa moderna. Ya nos habian introducido, como misterio de una segunda reden- cion del linage humano, cierta regeneracion mecánica de la niñez á lo esguízaro-pestalozziano, baxo la inmediata proteccion del pueril, frivolo, vano, y botaráte Generalí- simo de mar y tierra, quien no satisfecho de haber des- moralizado á quantos machos y hembras tenian que es- perar su favor, queria últimamente humillarnos hasta exi- gir que los padres y las madres se volyiesen bestias, y sus hijos máquinas; pues necesitaban de palotes y barajas pa- ra pensar, y de reglas y maestros para saltar como cabras monteses, ó trepar como monas. Que bien dixo una po- bre muger al oír contar tales exercicios y habilidades: *Esta me parece escuela para ladrones*. Los padres, por adulacion al altísimo protector, se tenian por dichosos si lograban en- tregar sus tiernos hijos á esta barahunda de locos, de don- de habian de salir fátuos, ó perniquebrados. ¡Y despues nos admiraremos si al ídolo Moloch sacrificaban los anti- guos Cartagineses tantos niños para aplacarle! Pero aquí nuestro ídolo se cansò de los holocaustos, como se cansa-

ba de todo, y echó, á rodar el ara y á los sacrificadores. Solo nos ha faltado que otra casta de filantrópicos hubiesen establecido un anfiteatro de *Craneología*, para dar al sexô femennio de la Corte motivos de filosofar, ó bachillerera.

Con esta guerra en fin seremos mejores cristianos, por que, acostumbrados en los sucesos adversos á levantar los ojos al cielo para pedirle favor, y en los prósperos para darle gracias, se arraigará, crecerá, y florecerá la verdadera piedad, y madurá en nuestros hijos.

Espanoles de todos sexôs, edades, estados, y condiciones: con todos hablo. No penseis que en esta guerra mas santa aún que la de las Cruzadas, trabajamos para nuestros hijos y nietos; de mas cerca nos toca: peleamos para nosotros mismos, y por salvar ahora en caliente nuestro pellejo. Sabed, que Napoleon va tan de prisa en las faenas militares, que no quiere dexar nada que hacer á sus sucesores; y parece que se afana por gozar en vida del incienso de la fama pósthuma. Cortemos pronto los vuelos á las águilas.

Esta guerra es muy diferente de quantas hemos sostenido dentro y fuera de casa, por su naturaleza, causa, fin, y conseqüencias. Es en su primer origen defensiva; y así no pende de nuestros deseos ni de nuestra mano su remate: pide por su calidad mas vigilancia, y constancia, y gran severidad contra los remisos, vacilantes, ó sospechosos. Se trata de vencer, ò vivir esclavos. En la guerra de sucesion que affigió la España, no se trataba de defender la patria, ni la nacion, ni la religion, ni las leyes, ni nuestra constitucion, ni la hacienda, ni la vida, porque nada de esto peligraba en aquella lucha. Solo se disputaba de qual de los dos pretendientes y litigantes á la Corona de España debia quedar el poseedor, en el supuesto de que podia dexar de recaer en uno de los dos, habiéndose extinguido la línea varoníl de la casa reynante. Estaba la nacion dividida en dos partidos, como eran dos los rivales,

C

pero ninguno de ellos era infiel á la nacion en general, ni enemigo de la patria. Se llamaban unos á otros rebeldes y traidores, sin serlo en realidad ninguno, pues todos eran y querian ser españoles, asi los que aclamaban á Carlos de Austria, como á Felipe de Borbon. Era un pleyto de familia entre dos nobilísimos Príncipes, muy dignos cada uno de ocupar el trono de las Españas. Con ninguno perdía la nacion su honor, independendencia, y libertad; solo la corona mudaba de sienes, pero la monarquía quedaba ilesa. Ahora se trata de perderlo todo á manos de un atroz conquistador, que habiéndonos robado el legítimo Soberano, nos quita el derecho y el uso de la soberanía nacional. Los romanos defendian la república en sus guerras civiles, no contra un tirano, ni otra Potencia extranjerá, que intentase imponerles el yugo de sus armas y de sus leyes; sino contra alguno de sus mismos ciudadanos, que aspiraban á levantarse con el gobierno. Lo primero hubiera sido una ignominia, lo segundo podia ser una desgracia. La guerra civil era un mal de casa, la libertad pública podia perderse, mas no el pueblo romano ser conquistado por otra Potencia. Sila y Matio, César y Pompeyo, eran romanos, y eran compañeros y combatientes. Cromwel, inglés, dominó á los ingleses, mas no vino de fuera á conquistarlos. Robespierre, francés, dominó y aterró á la nacion francesa; y Bonaparte, general francés usurpó el mando supremo, sin invadir con ejércitos extrangeros el territorio de la república. Mas tolerable y menos ignominioso sería que el vano Godoy se hubiese alzado con la monarquía, ayudado de nuestras mismas tropas ganadas, ó engañadas; que no que un extranjeró, auxiliado de tropas de otra Potencia, entrase á subyugar, no menos que la gloriosa monarquía y nacion española. Solo de pensarlo me afrento, y me confundo.

Ya hemos visto el porte, talante, y conducta de las tropas y generales que habia enviado para sujetarnos el fementido Napoleon. Son peores que los bárbaros de nacimiento, por que tienen todos los vicios y malicia de na-

cion civilizada, y no la sencillez de la salvaje. Atíla detubo su furor á las puertas de Roma al ver al Papa S. Leon, que vestido de pontifical salió á su encuentro con la cruz y los ciriales: y el fiero ladron Dupont hubiera echado ojo á ver si eran de oro, y si en la tiara brillaba algun gran topácio para el puño de su sable. Por menos temibles y odiosos tendria yo á los Agarénos; por que estos no disimulan lo que son, ni fingen lo que no son. Creen en Dios, y en pena y gloria eterna, y se puede esperar de ellos alguna virtud moral. Ellos levantarían sus mezquitas, y nos dexarian nuestros templos y nuestros oficios: nos quitarían nuestras campanas, no por codicia, sino por religion: pagaríamos nuestros tributos, y no nos impedirían orar al Señor, ni nos darian el ímpio exemplo de la incredulidad. Vuelvo á decir, que mas quiero ser conquistado de moros que de franceses, por que es mas sensible sufrir el desprecio que el ódio. Quando desembarcaron los Africanos en España, entraron como enemigos, como conquistadores, como propagadores del Alcorán: no nos engañaron con pretextos ni títulos de amistad y proteccion: no quebrantaron ningún pacto ni alianza pues no la habia: no faltaron á su palabra, pues no la habian ofrecido. Nos cogieron desprevenidos, más no engañados. Además, la invasion de los moros se executó por mar, y una vez cortada la travesía por nuestras fuerzas navales, se les frustraron las esperanzas de los socorros del Africa; y aun así costó, unos setecientos años el acabarlos de arrojar de nuestro suelo. Considèrese ahora, ¿quándo llegaria á verse la España libre de estos descreidos conquistadores, francas sus comunicaciones con la matriz sobre un mismo continente?

Por otra parte, parece inagotable la mina de soldados de Napoleon, hasta que rompa sus lazos la Europa. El ya sabemos que no pelea con solos franceses, sino con tropas de todos los Soberanos, que tienen la dicha de ser sus aliados, feudatarios, ó esclavos, que es la misma cosa, y de los conscriptos de los estados y repúblicas italianas,

\*

que para sacarlas de su debilidad è impotencia en las actuales circunstancias, las ha incorporado al territorio del Imperio Francés, que ya barbea con los límites del Imperio Otomano. En sus exércitos solo el sistema militar, la táctica, y el idioma de la ordenanza y del mando son franceses, como tambien la rapacidad reglamentada de los saqueos, la inhumanidad de sus violencias, y la impiedad de sus sentimientos.

Tampoco hay que esperar, segun lo acredita la experiencia en todos tiempos, que el francés se canse de las fatigas y peligros de las campañas: si le sacan llorando de la casa paterna, vuelve á élla cantando, ó echando bravatas. Ni hay que esperar que afloxe por la justicia de nuestra causa: la guerra parece que es su elemento, y prescinde del fin por que peléa: ya muere por coronar reyes, ya por destronarlos, hoy por la libertad, mañana por el despotismo. Va a la guerra como el caballo: el clarin le alienta, y corre con el ginete cristiano contra el moro; cae el ginete de una lanzada, móntalo el moro, y parte con el nuevo dueño contra el cristiano. En los Xefes ya es otra la causa: ay r comian con cuchara de palo, y hoy hacen ascos á la baxilla de plata con que les sirve su patron; ayer de baxos no se veían entre el polvo, y mañana se ven subidos en hombros de la fortuna hasta la alteza de los honores, y del fausto oriental de las riquezas, fruto de las rapiñas y concusiones, que piden al cielo venganza.

Si preguntais á los franceses por qué sufrieron los primeros actos del despotismo absoluto de Bonaparte; os dirán que por no caer en los horrores de otra revolucion cansados ya de verter la sangre de sus hijos, hermanos, y deudos. Y al mismo tiempo que, por una contradiccion propia de cabezas francesas, alegan este temor, entregan al tirano estos mismos hijos, hermanos, y deudos, para que vayan á morir léjos de su patria mas de un millon de jóvenes, no para la gloria ni defensa de su nacion, pues de ninguna es invadida, sino para saciar la feroz

ambicion de un isleño advenedizo, que sujetó primero la Francia para subyugar despues los demás reynos.

No es de hoy mi desengaño, son de fecha mas antigua mis pronósticos sobre las fatales conseqüencias que algun dia pudiera experimentar nuestra patria de las iniquas maquinaciones de este tirano solapado. Centinela muda he sido muchos años, por que no puede nunca gritar *quièn vive?* ni llamar *al arma*. Desde la primera paz de Campo-formio, quando entregó la República Veneciana, luego de haberla democratizado, al Emperador de Austria, en el mismo tiempo que en sus proclamas llamaba déspotas y tiranos á todos los reyes de la tierra; entreví sus malignos é hipócritas designios; por que desde entónces desconfié de su moderacion y sencillez democrática. Este novel General servia á la República para mejor sojuzgarla despues: á este fin se detenia en Italia, haciendo de ella Repúblicas en miniatura, embaucando y robando á sus habitantes, y pagando literatos, para que corriesen las ciudades como otros tantos apóstoles de la libertad. Todavía me acuerdo de la arenga patética que un tal Monge, enemigo de monges y monjas, pronunció á la republiquilla pacífica de San Mariano. Desde aquella época de farsas revolucionárias se empezó á temer de su corazon hipócrita grandes calamidades en los pueblos seducidos, como se ha visto despues con dolor y espanto. Donde plantaba con tanta ceremonia árboles de la libertad, ha levantado despues horcas en memoria de su benignidad paternal. Dadle gracias de la felicidad y tranquilidad que gozais, Piamonteses, Genoveses, Milaneses, Venecianos, Boloñeses, y Parmesanos, pues hasta el nombre os ha quitado, para confundiros en la gran piára de sus mansos súbditos.

Nuestra precipitada y desatinada paz de 1795 con la República Francesa habia proporcionado á ese intrépido aventurero las tropas francesas que estaban en Cataluña para la invasion de Italia. Este fué el primer teatro de sus talenros y triunfos militares; á que no contribuirian poco la disposicion de los ánimos de aquellos natu-

rales, y la ninguna voluntad de las tropas á sacrificarse contra una causa que á los principios, lisonjeaba tanto á los hombres que raciocinaban, y á los que padecian.

Impaciente y desesperado de poder llegar á consumir sus ambiciosos designios, parte á Egipto, sin objeto, ni motivo en su viage; toma á Malta al ruido de doce cañonazos; quita aquella isla é inconquistable plaza á la Orden por traicion concertada con los caballeros franceses, para que cayese despues en manos de los ingleses sus enemigos. Llega á Alexandria, y pierde su esquadra; sube al Cayro, se baña en el Nilo, visita las pirámides, hace sus genuflexiones en la mezquita, y vuelve á Europa azotado, para ser despues el verdugo de ella.

Hácese Cónsul en París con la modestia romana, por que Rey, ó Dictador fuera entónces odioso título. Pero ¿quién le dió esta nueva autoridad? Primero las bayonetas de sus coligados, y luego una Constitucion minutada por él mismo, y extendida y firmada en aquel momento por una docena de compadres, calentándose á la chimenea. El llamarse primer Cónsul, siendo tres los revestidos de este título de farsa, era en la sustancia llamarse único: pues los otros dos eran sus acólitos. Fingiendo traiciones y conjuraciones, hace vitalicio su Consulado; y fingiendo otras, se lo calza perpétuo y hereditario.

Iba corriendo á pasos de gigante á mas pomposo y elevado título, que le diese mas poder, mas vanidad, y mas derechos á su ambicion. Quería dominar la Europa, convirtiéndola en patrimonio del nuevo Imperio francés; por que no podia intentarlo con el título solo de Cónsul, que no se extendia mas allá del territorio de la República: nombre vano y perecedero, que aun conservaba la que luego se llamó *Gran nacion*; y hoy no es mas que gran rebaño de bestias de Napoleon primero. Conquistó la Francia, y sus pertenencias y anexidades con el título de Emperador; invadió y aterró todos los estados que podian hacerle sombra; y lo que no le convino conquistar con aquel título, lo ha subyugado con el moderado,

pero mas sobervio, de Protector. Baxo de este manto cobija S. M. I. otras Magestades reales, y Altezas ducales, que tienen el honor de ser sus primeros vasallos; á quienes puede llamar un dia á París por un edecán de su alguacil mayor Savary, para que vayan á calzarle las espuelas, y á tenerle el estribo en un dia de revista general.

Quien le hizo Cónsul, le hizo Emperador. ¿Como se fraguó esta violenta, ilegal, y pretendida eleccion? Todo el mundo lo sabe. Se intituló, y se intitula Emperador de los franceses, y no de Francia. ¿Qual sería el fin de este dictado, por que en todas sus palabras hay misterio? ¿Sería para adular la vanidad de sus nuevos subditos, por conocer que son gente muy facil á dexarse deslumbrar? ¿Sería para dominar con este dictado en todos los paises por donde se derraman y extienden sus numerosas y ambulantes tropas, pues ya no hay territorio en Europa que no esté manchado con las huellas de sus soldados? Y habiendo en casi todos los Estados de Europa franceses armados, que ocupan los pueblos; viene á ser de hecho Emperador de todos Napoleon.

Faltaban solo la España y Portugal en el número de los dichosos paises comprendidos dentro de los imaginarios é ilimitados ámbitos del Imperio francés; y Napoleon, á quien ya el mundo le viene estrecho, cabiendo todo él en un zapato, no pudo sufrir que el occidente permaneciera mas tiempo independiente y libre, sin reconocerse su vasallo. Envió sus tropas, pisaron el territorio español: y como aquellas nunca hacen sus viajatas en valde, se apoderan primero de un reyno, y despues de otro sin declaracion ninguna de guerra, ni aun amenaza de hostilidad, solo por aquel principio del nuevo derecho-napoleon, que donde pisan soldados franceses allí manda su Emperador.

Todo el mundo sabe, y no puede acabarlo de creer, la iniquidad y violencia de la ocupacion de Portugal, y la inaudita perfidia y vileza con que ese Emperador sin honra, fé, ni conciencia, sin palabra de rey, ni de hombre, ni de ladrón, usurpó la corona de España, sin haber puesto

pié en ella, para traspasarla, como patrimonio suyo, á su caro hermano Josef baxo el colorado título de *Rey*, por no llamarle claramente su *Virrey*, pues tenia que recibir sus tropas sin poder mandar un sargento, sus leyes sin poderlas alterar, sus ordenes sin poderlas desobedecer, y sus instrucciones sin poderlas interpretar. La orte aparente sería Madrid, y la metrópoli París. Habria embaxadores entre ambas, como lo pide la etiqueta: el de Francia sería un sobrestante y zelador de nuestro gabinete, y un cómitre de la nacion; y el de España un asistente al sólio imperial, y por gran distincion tendria el honor de concurrir á la parada con el sombrero en la mano al sol y á la lluvia. Se celebrarian tratados públicos, y serian mas los secretos, entre el Emperador de España en París y el Virrey de España en Madrid: y bien se dexa inferir que les dictaria el Sultan al Beglierbey, y que á nosotros no nos dexarian mas parte en estos embrollos diplomáticos que la de traducirlos en castellano.

Despues de ocupada militarmente la España, y entregada al hermano la Lugar-tenencia Real, no es creible que le dexase encomendada la fidelidad española, siempre sospechosa como violentada. Y tanto para su custódia personal, como para la tranquilidad de los pueblos que tanto le convenia, y sobre todo para guardar nuestros puertos y costas contra las soñadas invasiones del tan decantado coco, el *enemigo comun*, que en una palabra es la Inglaterra; nos protegeria dexandonos dentro de esta península doscientos mil hombres, en acantonamientos y guarniciones, mantenidos, comidos y bebidos á costa de nuevas contribuciones, y sin quebrantar ningun artículo de la nueva Constitucion, pues no lo hay para este caso. Por esto nos decia y consolaba el gran Amurátes en uno de sus bandos, ó artículos de sus diarios de Madrid: que no habria quintas ni levass en nuestras provincias. Claro está, pues no habiamos de tener ejército nuestro nacional, segun lo dicta la seguridad del conquistador.

Y como en esta empresa y plan del Emperador, y

Rey se llevaba el fin caritativo y muy cristiano de casar las dos naciones; frase que soltaban ciertos emisarios suyos, por no decir incorporarlas; es de presumir que se reservase, quando menos, una vía militar desde Bayona á Lisbóa, cortándonos una tira de la piel de toro de Estrabon de cinco ó seis leguas de ancho para el paso y repaso de sus tropas, al modo de la que se reservó allá en Polonia para la comunicacion con Saxonia, en donde tiene otro Virrey coronado.

Con este arbitrio muy sencillo y cómodo, y la necesidad de un continuo auxilio de tropas suyas para nuestra defensa, no se faltaba á la promesa de la integridad de esta monarquía y de su independendencia. Ya se vé que no nos desmembraba ninguna provincia, ni descastillaba la orilla de nuestras costas y fronteras para incorporarlas al territorio francés, ni para cederlas á otro soberano; pero muy bien podia reservarse, como en depósito y seguridad provisional, plazas, puestos, y montes, y sonar siempre *integridad* en la apariencia. Y manteniendo aquí sus exércitos con el nombre de auxiliares, se dexaba en su sentido natural la voz *independencia*; ¿pero de quién se hablaba, de la corona, ó de los vasallos?

Si se casaba á las dos naciones, era muy justo que asi como francesa nos enviaba su juventud guerrera para guardarnos, la correspondiésemos nosotros enviando á disposicion de su Emperador la nuestra, para pagarle la generosidad de habernos dado el exemplo. No habia otra desventaja en estos trueques, sino que, tocándoles á ellos un benigno clima, y fertil suelo, de buen pan, buen vino, y buen aceyte, y ricos frutos y frutas, los españoles esposados, antes de casados, irian á militar, esto es, á morir baxo las alas de las águilas imperiales, ó á consumirse acaso donde no comiesen mas pan de trigo, ni probasen el vino, ni viesen la cara al sol en ocho meses del año. Pero tambien tendrian el gusto y la honra de verse casados con luteranos, calvinistas, judíos, ateistas, y

D

malos cristianos, y de ir á pelear con quien no nos ha hecho daño. Esta es la mas cruel é inhumana de las tiranías.

No hay exemplar en las historias de que un conquistador armase por fuerza á sus cautivos para llevarlos á pelear contra sus enemigos. Vale mas no darles quarter á semejantes invasores, esto es, morir con las armas en la mano, que no haberlas de tomar despues en servicio del inclemente vencedor.

Solo los turcos y berberiscos sujetan los cautivos cristianos al remo, más no al servicio de las armas. Ni tampoco consta que los sarracenos, dominadores de España, llevasen á los conquistados á pelear en las guerras que sostenian dentro ó fuera, de nuestra península. El vende los prisioneros de guerra, ó los hace que sirvan en sus banderas, ó los destina á trabajos públicos como si fuesen esclavos comprados, ó los dexa perecer de hambre y miseria; por que no es costumbre suya sufrir la carga de la manutencion de los malaventurados que caen vivos en sus manos. Esto se estilaba quando se conocia y guardaba el derecho de gentes; pero este feroz tirano, ha acabado con todos los derechos, y quiere acabar con todas las gentes.

Exêcrable portento de la naturaleza es, por cierto, Napoleón, amphibio entre hombre y fiera, pues ha sacado de la infamia á Nerón y á Calígula. Al primero le hizo malo lo sumo del poder, y aun tardó seis años en romper con todas las leyes del pudor y de la humanidad: tanto tiempo hubo de costarle á su buen natural y á su educacion el corromperse. Pero Napoleón parece que fué malo antes de haber aprendido á serlo, antes de poderlo ser, y aun antes de desearlo. El abismo le engendró, y aun por eso nos calla su padre: él es hijo solo de sus obras. ¡O! ¡Madama *Leticia*! Buena alegría anunciaste al mundo en el dia de tu portentoso alumbramiento! Antes de usurpar el mando supremo era déspota, y antes de déspota fué ya tirano.

Nació para destrucción del género humano. Así que se vió las uñas las ensayó para destrozár: como hace el tigre desde cachorro. No hay industria humana que le domestique. No es animal casero, huyese luego al monte y á las selvas, no puede vivir en poblado. Busca como que-  
 rencia de su fiereza el campo de batalla, por que el palacio no se hizo para él: allí tiene sus delicias y su regalo: el humo de la pólvora es su incienso, la vista de los muertos su recreacion, duerme en colchones de cadáveres, y otro dia nos dirán que come asado de carne humana, por que aun no ha acabado la carrera de estos bárbaros pasatiempos. Y este inhumano decia á la Europa, y sus bobones franceses se lo creían, que en la guerra buscaba la paz. Yo bien creo que quando no le quede á quien hacer guerra, paz tendrá, menos consigo mismo. ¡Infeliz de él entónces! El ocio le consumiría. ¿En qué pasaria el tiempo mano sobre mano? No tiene mas que una pasion, y ésta ahoga á todas las demas. Quiere dominar la tierra, aunque sea quedándose solo en ella: despues pedirá alas á los demonios para subir á conquistar la luna.

Algunos sabios han dicho, que para lo que el hombre tiene que aprender es muy corta la vida; mas yo añado, que es muy larga para los que hemos de padecer. ¿Qué seria de nosotros, si la vida de este tirano no estuviera sujeta al plazo comun de la mortalidad? De sus hijos despues nada tendrá el mundo que temer; por esto cuidó ya la naturaleza que los monstruos fuesen infecundos.

No conoce freno ninguno á sus alevosias y crueldades: no tiene religion que le contenga, ni conciencia que le acuse, ni vergüenza que le sonroje, ni temor del ódio de las naciones que le acobarde, de cuya opinion no necesita, pues ya no existen á sus ojos. El dirá para sí: pues que todo lo puedo, todo lo quiero. El cuenta con su fortuna, como César contaba con la suya: pero Bonaparte cuida con mas recato que César, de su vida. Entre otras de las gracias que debe á su fortuna, es la de la salud

\*

que goza, la bastante para quitarla á todo el mundo. Vive enfermizo, y nunca está enfermo; y así la sobriedad, que en otro sería virtud, en él es necesidad, ó temperamento.

Dicen que come de prisa: propiedad de lobos y zorros. Dicen tambien que duerme poco, yo no lo dudo: es pension de todos los tiranos, que á todas horas ven pendiente sobre sus cabezas un cuchillo que les amenaza. Lo mismo acontece á los avaros, que ordinariamente son madrugadores, por que hasta los dedos se les antojan ladrones, y huyen de su propia sombra. El no tiene patria, ni hogar, ni raices; todos son muebles, por que todos son robos.

A ningun país ni nacion tiene ni puede tener amor: todas son para él, y ninguna es suya. Donde halla soldados, allí tiene su patria. Si mañana le echàran de Francia; á trueque de mandar se iria, si pudiera, con su ejército á Marruecos. Pues ¿no se fué á Egipto á proclamarse Soberano, y á jurar sobre el Alcorán, por no sujetarse al Directorio? El no tiene nacion, ni religion elegida: se sirve de aquella que mas sirve á sus fines. Su catolicismo se reduce á oír misa delante de sus cortesanos con la misma devocion è intencion con que hacia su *namás* en la mezquita del Cayro á presencia de los musulmanes.

Tiene la osadia de llamarse Emperador por la gracia de Dios, al qual ni ama, ni teme, ni reconoce; dixerá mejor, por la paciencia de Dios y la de los hombres. El mismo se dió el título, y por sus propias manos se plantó la corona imperial; y para mayor pompa de aquella comedia religiosa, y humillacion del Sumo Pontífice, se hace ungir por Pio VII. aquel descreido usurpador. El se ha hecho lo que es, y ¿quánto no sentirá de no poderse hacer un membrudo Nembrot, para espantar con su figura, y acogotar, quando se enoja, un dia tres ministros, otro dia tres senadores, y otro tres generales. Dicen que se emberrincha como un javalí S. M. I. y que la aspereza de sus palabras y la de su voz bien declaran el fondo de su dulzura amabilidad.

Toma por divisa una águila, quando debiera un

tigre; pero tan mezquinamente representada en su mezquino blason, que mas parece milano, que acecha la presa, que ave noble y generosa; símbolo propio de la rapacidad de su dañino corazón. Se muda el primer nombre, y luego el apellido, que no sería de casta; y despues el nuevo nombre, que no se lee en ningun martirologio, lo convierte en apellido eterno de su augustísima familia, y parentela, y líneas transversales, diagonales, y adoptivas, y con la mira de napoleonizar á quantas testas coronadas se digne dexar, ó desovar, sobre la faz de la tierra.

Este héroe por la gracia de sus viles y venales gazeteros, ya que no se ha podido hacer hombre, junta la ferocidad con la vanidad. Como nunca está contento, ni saciado de timbres, ni títulos: mañana se intitulará *Napoleon Kan*, y dias hace que merece este nombre tártaro. *Cesar Augusto* es nombre muy conocido, y manoseado por estudiantés. *Faraon* y *Nabuco* saben á historia sagrada. *Soldan* y *Califa* huelen á árabe, y contra esta gente guarda no sé que resentimiento de cierta burla en Egipto. Llámesse de una vez Rey de Reyes, y Señor de los Señores, y sea la última blasfemia de su ambicion y arrogancia: bien que el título que mas propriamente le sienta por sus obras sería el de *Azote de Dios*, que nadie se lo puede disputar, y que mas lo merece que el atroz Atíla.

Lo he dicho varias veces, y lo repito ahora, que las tres épocas terribles en los anales del mundo son: el diluvio universal, Mahoma, y Bonaparte: Aquel pretendia convertir todas las religiones en una, y éste todas las naciones para ser él su cabza. Aquel predicaba la unidad de Dios con la cimitarra, y éste no le nombra uno, ni trino, pues solo predica, ó hace predicar su propia divinidad, dexándose dar de sus infames y sacrílegos adoradores, los periodistas franceses, el dictado de *Todo poderoso*. El mismo se ha llegado á creer tal, y se lo ha hecho creer la cobardia y vileza de las naciones que se han dexado subyugar. Solo la España le ha obligado á reconocerse, que no era antes, ni es ahora, sino hombre, y hombre muy peque-

ño, á quien la fortuna ciega ha hecho grande á los ojos de los pueblos espantados del terror de su nombre, que miden la grandeza del poder por la de las atrocidades.

A la colosal estatua de Nabuco derribó un canto desgajado de un monte vecino: dió en los pies, donde tenia la flaqueza. Es cosa digna de admiracion, que los únicos que hasta ahora han ajado la vanidad de su saber y poder á este héroe militar han sido cabalmente los hombres que él mas despreciaba, ó de quien menos temia. Un barbón de San Juan de Acre, con mas razas de monge que de soldado, sin haber jamás leído la táctica de Vegécio, ni de Folarc; los bárbaros é indisciplinados mamelucos; los agrestes y brutales kosacos; y los cuítados, perezosos, y supersticiosos españoles, á los quaces creía dormidos la intrepidez y confianza francesa. La Europa lo ve, y no lo acabará de creer: nuestros enemigos pensaban que dormíamos, y ellos eran los que soñaban.

Este género de guerra es nuevo para su táctica victoriosa: es guerra de nacion, es guerra de religion, es finalmente, guerra de valientes antes de ser soldados. En Italia y Alemania con sola la intimacion de un trompeta se rendian las piezas mas respetables de Europa, sin caerse las murallas, como en Jericó. En todos los puestos y defensas militares se entregaban prisioneros, aquí seis mil, allá diez mil, acullá quince mil, y en Ulma treinta mil: lo que digo de los austriacos, digo de los prusianos. En ocho dias despaviló Bonaparte todo el ejército prusiano de 200<sup>000</sup> infantes, y 40<sup>000</sup> caballos; y antes de un mes no existia Rey en Prusia, ni monarquía prusiana; Catástrofe asombrosa é inaudita, cuyas causas no son dificiles de adivinar: desafectos, cobardes, y traidores. Habia ejército, y no habia nacion. Y dentro de España, aquellas mismas tropas, y generales vencedores, no pueden rendir ciudades abiertas, defendidas por mugeres, y paisanos mal armados, y á medio vestir.

Desengañémonos de una vez, todas las plazas se ha-

tomado como Pamplona, Barcelona, y ciudadela de Figueras, por soborno ó traicion; de esta suerte caían Magdeburgo, Espandau, Stetin, &c. Estos son otros de los caprichos de la fortuna, que aun no se ha cansado de Napoleón. No conoce un traidor, un desleal, que pudiera hacerle perder en un dia el fruto de una campaña: le sirven con ley de hijos hasta sus esclavos. La República tubo tantos enemigos domésticos, tantos infieles, tantos emigrados, tantos desertores de las banderas patriáticas; y el despotismo tiránico cuenta tan leales servidores. Antes bien hemos visto que los enemigos, que habian encontrado tanta caridad y generosa hospitalidad entre nosotros, no veían la hora de volver á Francia, á reconciliarse con la nueva tiranía, no siendo ya la nacion, á cuyo destrozado seno se restituía, la misma que antes abandonaron.

No digo en los exércitos, más ni en las ciudades, ni en los gobiernos políticos ha sufrido, ni teme los atentados, ni aun los intentos de un traidor: hasta los extranjeros, que sacó aherrojados de sus hogares, le sirven á la voluntad y al pensamiento. Allí ya no hay un loco, un borracho, un furioso, fanático, de aquellos que en otro tiempo enviaron al otro mundo quatro de sus legítimos reyes: casos atroces que no cuenta la historia de ningun reyno cristiano.

A los franceses hace ocho años que les promete la paz, y cada dia se aparta mas de los caminos que conducen á ella: y á pesar de esto, no se avergüenza de dexarse adular con el renombre de *Pacificador* del Continente, y *Arbitro* de la Europa: este último título es el que mas le lisonjea. Tubo mas de un año deslumbrados y ocupados á sus nuevos súbditos, á quienes no se atrevia entonces á darles este nombre, con el plan del desembarco en Inglaterra, todo á fin de que no les quedase tiempo, ocasion, ni motivo de maquinarse contra su persona, y despotismo consular, pues bien conocia él la dificultad y vanidad de la empresa. París y la Francia era lo que queria conquistar; y lo logró, afirmando desde entonces su

usurpado y mal seguro s6lio, por donde habia de subir despues 6 la dominacion imperial.

Hombre que haya prometido mas, y que haya cumplido menos que Napoleon, no le citan las historias. Aun no ha cumplido la promesa de esculpir en letras de oro macizo los nombres de los valientes que murieron en Austerlitz, Jena, y Eylau. No creeria entonces que habia de ser tan larga la lista de los muertos; 6 conoceria despues que los agraviados no se habian de quejar. Tal vez no alcanzaria el oro de sus minas 6 rapi6as para tanta suntuosidad, y esperaria recogerlo de los despojos de los templos de Espa6a y Portugal, segun el 6nsia y voracidad con que sus tropas y generales han echado sus sacrilegas manos sobre estos tesoros.

¿C6mo, pues, podriais esperar, espa6oles, demasiado bondadosos y generosos, que aquellos que trataban con tanta crueldad 6 los indefensos y pac6ficos portugueses, que no habian disparado un fusil contra sus injustos invasores, podian usar con vosotros de piedad si os entregabais, ni de clemencia si les resist6is? Este primer ejemplo de sus inhumanidades, executadas 6 las puertas de vuestra casa, y las executadas antes en Italia y Alemania, y otros paises sujetos 6 la perfidia y violencia de sus armas, no podia apartarse de vuestra vista, ni de vuestra memoria la suerte que os esperaba.

Sin embargo, no faltaban personas sencillas, 6 ciegas, que creyeron que las tropas francesas venian de paz, y de amistad, aun despues de haberse apoderado por dolo y sorpresa de las plazas de nuestra frontera. Lo primero no lo dudo, por que querian conquistarnos sin vencernos; lo segundo era un absurdo esperar amistad del enemigo comun de todas las naciones. Y era aun cosa mas absurda el creer que pasaban sus ej6rcitos al campo de Gibraltar. Lo mismo habia pensando Bonaparte en el sitio de aquella plaza que el Sofi de Persia; y para esto 6nos inund6 con 150 000 hombres, adem6s de 30 000 nuestros con que podia contar de auxiliares. Y para esta empresa 6 tra6a tan-

ros trenes de artilleria de campaña, y tan numerosa y escogida caballería: aparatos todos de exércitos volantes, y no del arma de sitiadores?

No era menos desatinada la idea de que estas fuerzas se dirigian al Africa; ¿pero á qué? ¿y contra quien? Ni ¿con qué transportes, ni quando, habrian de efectuar la travesía del estrecho sin un navio ni una fragata, á la vista de esquadras inglesas que hubieran hecho pasto de los peces á quantos locos se hubiesen embarcado? El Africa á que tenia ganas Bonaparte era la España, y los Africanos eramos nosotros.

Quando vimos los puntos militares que tomaban en Castilla, los movimientos hostíles de sus acantonamientos, su misma inaccion despues, y la provision de galleta en casa del *amigo aliado* como ellos decian, y en el granero de España que les suministraba pan blanco y fresco, ¿habia que dudar un momento de que venian dispuestos á guerra ofensiva, y defensiva, pues las prevenciones eran iguales á las precauciones? Verdad es que no degollaban frayles, ni violaban monjas, ni saqueaban y profanaban templos; por que entonces no les convenia irritar á los pueblos, sino embaucarlos.

No faltó quien creyese, poco antes de la entrada de Murat en Madrid, que las plazas de nuestra frontera se habian entregado como en depósito para la seguridad del hospedage de los amigos que venian á socorrernos. Desde luego vieron los mas sencillos y preocupados que la traicion habia abierto las puertas de casa á los ladrones. La infamia era demasiado manifiesta para que los ánimos se sosegasen. ¡Desdichada España! ¿A qué nacion le ha sucedido tal desventura, que el mismo pastor mate los perros para que éntre sano y salvo el lobo en el redil?

Animo, y confianza en Dios, Barceloneses. No faltarán auxilios ministrados por el ingenio y valor, que os librarán de la amarga opresion que padeceis. Caso raro, por cierto, y el mas lamentable que admirará á las eda-

E

des venideras: así vuestra restauracion, y la conservacion de esa hermosa y magnífica ciudad, prostituida hoy por las inmundas plantas de esos viles soldados del alevoso Napoleon, corre de cuenta de todos los esforzados y valerosos españoles, y del socorro de nuestros generosos aliados.

Todo español prudente, y enseñado por los acontecimientos políticos que se sucedian desde el año 1800 en Europa, debia estar desengañado de la conducta de Napoleon acerca de lo que se temia, ó se debia temer, de sus designios quando vimos desfilár sus exércitos por nuestras provincias. Ya hacia tiempo que barruntaba yo la tempestad. La conducta de los espúrios españoles Izquierdo y Herbás, enamorados de la Francia, y hacendados en ella, indicaba que la patria que les dió el ser, la riqueza, y los honores era ya para ellos peligrosa morada.

Además habia últimamente en París una especie de moda de aprender el español, de querer tomar conocimiento de nuestra literatura, y del estado de nuestras ciencias, y los periodistas solicitaban correspondencia con sabios de nuestra nacion. Observaba yo tambien que en sus papeles públicos no nos despreciaban, ni injuriaban, como tenian de costumbre ántes, con los epítetos de ignorantes, bárbaros, y supersticiosos: esta repentina, é inusitada moderacion y cortesía era para mí el testimonio mas sospechoso de su nueva política, por que en Francia hoy los escritores van de acuerdo con los gobernadores.

De algunos años á esta parte compraban libros nuestros: cosa nunca vista ni oida, díganlo los libreros de Madrid. He visto enviar á París entre otras obras legales y económicas los quadernos de la Mesta, y de las condiciones de Millones; deliciosa lectura para el gusto y genio de un francés. Tambien empezaba la moda de traducir á su lengua algunos autores nuestros: costumbre que se habia perdido desde los primeros años del reynado de Luis XIV. Asimismo observaba que venian á visitarnos algunos viajeros franceses, muy curiosos de nuestras co

sas, unos como físicos economistas, y otros, como amantes de las nobles artes; unos venian á medir grados del meridiano, y tal vez espiaban nuestras sierras y vericuetos; otros á explorar nuestras minas de metales; otros á estudiar la pastoría de nuestras merinas; otros la cria y las castas de nuestros caballos, y otros á reconocer nuestros establecimientos públicos, bibliotecas, muséos, colecciones de nuestros pintores famosos, y restos de antigüedades romanas y arábicas: cuyas noticias, copias, y apuntes recogian con tal afán, que mas parecia esa diligencia inventario que curiosidad. Tambien observé que en los primeros dias de la llegada de Murat á Madrid, apuraron algunos de sus oficiales de guerra, y tambien de pluma, todos los diccionarios y gramáticas españolas y francesas de nuestras librerías. Compraban cartas geográficas, y preguntaban por planes estadísticos, mayormente los xefes del estado mayor, y de la hacienda. ¿Qué mas amor ni mas amistad se podia desear de nuestros vecinos, que no querian dexar rincon de nuestra casa, ni mueble que no visitasen con indecible gusto? Noté que preguntaban por estados de nuestras fábricas, ó como ellos decian *des tableaux des manufactures*, hasta hombres que no tenian traza ni destino para instruirse en estos objetos.

Esto es bueno, decian algunos incautos españoles ya entónces: ántes muy malo, les respondia yo, que no contaba entre las obras de buen efecto tanto interés disfrazado con el velo de curiosidad. Nadie debia ignorar que Bonaparte tenia jurado en sus *irrevocables decretos* el exterminio de las ramas reynantes de los Borbones, y así comenzó por Nápoles, Parma, Etruria, y siguió por Portugal. Con esta experiencia ¿cómo habiamos de esperar que se librase de esta tala la rama principal de España, ni que pensase hacer un injerto con el pimpollo que descollaba para conservarla? Pero confieso tambien que llegué á creer, entre dudas, y esperanzas, que tal vez se verificase, atendiendo que solo así se podría evitar la pérdida de las Américas.

\*

Yo veía por otra parte la extraña solicitud de un francés para la redacción de nuestra gazeta de la Corte, ofreciendo una indemnización anual á la real imprenta. Parecía una especulación mercantil de unos particulares; y no era sino un plan muy políticamente meditado del Gobierno francés, simulado baxo el concepto de una tentativa de interés privado. Pero por la solicitud del embaxador Beauharnois, y sus oficios á favor de los agentes de esta empresa, y de la libre introducción en estos reynos de un nuevo periódico, intitulado *La Abeja Española* que se publicaba en París; acabó de descubrir los verdaderos fines del hipócrita embaxador, el mas fiel executor, ó cooperador, de las pérfidas y malignas ideas de su augusto amo y conuñado el Emperador, desde el día que entró como un pillo indecente en Madrid, hasta aquel en que, despues de haber acabado de aderezar con gran pompa y aparato oriental su casa nueva, se desapareció como un facineroso que acaba de cometer un gran delito: en efecto, habia concluido ya su ultima comisión.

¿No eran todos estos actos preludios de que se nos acercaba la hora, en que ni la facultad de hablar, ni la libertad de escribir nos quedaria, y que solo nos dexarian la de pensar para mayor pena? Así se verificó. Luego que entró el precursor Murat en Madrid. De allí á breves días se apoderó del privilegio de nuestra gazeta, y del diario, encomendándola á manos de unos hambrientos satélites suyos, medio militares, medio literatos, que debían embolsarse el producto, repartiendo una gratificación señalada entre algunos españoles renegados, que les ayudaban á tan patriótica obra, los unos ocultamente, y los otros á cara descubierta. Ya desaparecieron todos, echándose ellos mismos, con su fuga de la Corte al ejército frances, la sentencia y el castigo de su delito. Es lástima que no se fuesen en su compañía algunos centenares mas. Tambien huyó el autor de *la Abeja*: mala avispa, le arreó otra vez á París. Este habia vuelto á su patria baxo del escudo, escarapela, y salvaguardia de los enemigos de

ella, y era otro de los emisarios que nos venian á predicar la dicha que nos esperaba y no conocíamos, y el vuelo que tomaria el *genio* español protegido del *genio* tutelar de la Francia.

La funesta suerte que veía yo caer sobre las demás naciones desde el año de 805, me anticipaba el temor sobre la que amenazaba á la España. Hasta los semblantes de los mercachifles franceses, que paseaban estas calles, y entraban en nuestros cafés, pregonaban en su alegría la esperanza de alguna gran fortuna; y ciertas palabras enfáticas que soltaban, entre lástimas y admiración, un año, y aún dos antes de entrar las tropas francesas, bien me anunciaban que estábamos destinados para herencia de ellos.

A suspicacia, cautela, y malicia no me ha ganado el cojo, ex-obispo, y mal casado Conde de Benavento, en el siglo Talleyrand, ese ojo derecho de Napoleon; ni me han embaucado con sus misteriosas artes esos astutos oráculos de la diplomacia francesa, esos consultores íntimos de los pérfidos designios del Zorro imperial. Este se digna oírles, y consultarlos de grado, ó por necesidad; pero á mí, recogido en mi estudio, y disimulando lo que allí estudiaba, ¿quién podia oírme? ¿quién preguntarme, en el reynado del intruso gobernador universal de esta monarquía? Nadie desplegaba los labios á su presencia, ni aquellos que debian asistir de oficio á su despacho, y que podian aconsejarle lo que convenia al honor y conservacion de la corona: Todos los demás no tenian otro derecho que el de respirar, con mucha templanza, el ayre de las piezas de sus antesalas, ó de sus caballerizas, ni otra obligación que la de aplaudir con humilde y reverencial risa las badajadas de S. E. y las insolencias de S. A., á las quales calificaban de proverbios de Salomon los mas sábios de aquellas sabandijas á quienes tenia concedido el privilegio de verle en paños menores, ó cuya adulacion tenia comprada con empleos, ó con esperanzas, que es lo único que ha quedado á muchos.

Sin embargo, quando ya no pude dudar de que nuestro fatal destino se nos acercaba, y de que la torpeza é impericia de este Privado ignorante y veleidoso iba acelerando nuestra ruina; tube la libertad patriótica de dirigirle los dos papeles que aquí se insertarán, para contenerle en la manía de escribir proclamas, en las que queria mostrar á la presente generacion, y á las futuras, hasta donde rayaba su eloqüencia popular. Muestra de ellas entre otras anteriores, fué la proclama, la mas ridicula, insensata, y antipolítica, que en el mes de Octubre de 1806 dirigió en su nombre á la nacion para inflammarla y llamarla al campo de Marte, sin decirle quien era el enemigo verdadero, ó fingido. Sepan Vms., amigos lectores míos, que el enemigo real era Napoleon, y que íbamos á entrar en la última coalicion del Norte. Pero con la noticia de la batalla de Jena tubo que arrepentirse: con esto descubrió sus intentos, y quedó mal con todos. Para expiar las intenciones de aquella tan imprudente é intempestiva proclama, tubo que consentir al cruel sacrificio de los 20<sup>000</sup> hombres nuestros que envió al Norte al servicio de Napoleon, como en rehenes de nuestra lealtad futura: este fué el principio de la mortal sangria de nuestras fuerzas militares, para quitarnos el poder de resistirle en qualquiera invasion. Por esto desde Varsovia instaba con tanta actividad, y aun con amenazas, la pronta salida de estas tropas.

Ya tenia yo previsto, y dicho muchas veces entre mis amigos: este Godoy, segun indica el curso de su conducta, aspira á Regencia, ó á Corona, y cuenta con las espaldas de Napoleon, despues que éste le ha dado el mal exemplo para tan altos deseos. El Corzo, añadia yo, le sostiene en su ambicioso plan: y despues de haberle dexado precipitarse en un abismo de atentados, y aniquilar la potencia de su nacion; vendrá á echarle á puntillones, llamándose nuestro Libertador, que es el mas descarado y descansado modo de conquistar. Pregunto yo ahora, ¿si aquellos ciegos y fátuos españoles (y entre ellos

militares, letrados, y teólogos) que celebraban, ó referían con complacencia las victorias de Bonaparte en el Norte, conocían que cada una era una batalla campal contra la España? Sin duda no lo conocían; y ésta es brutal ignorancia que los debe tener confusos y arrepentidos; ó lo conocían, y estos merecen que la patria los conozca ahora para entregarlos á la venganza pública. Desde entonces he mirado los sucesos con mi anteojo de larga vista: y he visto claro lo que otros no querían ver, ó no columbraban. Los franceses creerían que por que estábamos mudos, éramos sordos y ciegos.

En medio de estos temores y anuncios que cercaban mi corazón sobresaltado, padecía yo el dolor y rabia de ver anunciados en carteles y en periódicos nuestros: *Código Napoleon*—*Vida de Napoleon*—*Catecismo de Napoleon*; traducciones al castellano, y vendidas á la rebatiña. Horror y vergüenza de nuestra nación! Veía, no quería ver, colgadas por estos tendajos y librerías de estampas, manchadas las puertas y las paredes con *retratos de Napoleon* iluminados, y sin iluminar, de todos tamaños; y veía allí, con un palmo de boca abierta, bausanes de montera, de peluca, y de corona, que se apelluzgaban á contemplar con curiosísima admiración, quando debiera ser con horror, la imágen del héroe, que luego nos enviaria 100<sup>0</sup> bayonetas, y 20<sup>0</sup> sables, para traernos la felicidad que no conocíamos, y que ya hemos empezado á gustar. Y todo esto ¿era otra cosa que irnos familiarizando con la vista de este tirano, cobrándole cierto amor con la misma admiración? ¿No era en algún modo llamarle con estas demostraciones, y aclamarle ya en corazones simples, ó corrompidos? Gravemente han ofendido á la patria los traductores, los censores, los impresores, libreros, gravadores, y compradores. Esa calle de las carretas, por haber sido el teatro principal de tales escándalos, debe hacerse una pyra, en donde ardan publicamente tan exêcrables monumentos.

Volviendo ahora á la época de mis temores y agüeros, de que he hablado mas arriba, el primer papel

que dirigí entonces al Generalísimo Godoy, fué este =  
 Excmo. Señor = Si V. E. contempla útil alguna vez mi  
 „ zelo y mi persona en las actuales circunstancias; ofrezco  
 „ resignadamente á su disposicion ambos auxilios de un  
 „ buen español y fiel vasallo. Tengo patria, y la amo;  
 „ no de boca, como acontece á muchísimos, sino de co-  
 „ razon. Y si bien mis años no me permiten esgrimir la  
 „ espada, no se me ha caído aún la pluma de la mano.  
 „ Ofrezco al Rey y á la patria quanto debo, pues ofrez-  
 „ co todo quanto puedo; y á V. E. siempre mi profun-  
 „ da veneracion y obediencia. - Dios guarde la importan-  
 „ te vida de V. E. muchos años, Madrid 8 de Noviem-  
 „ bre de 1806. „

Me consta de que no le desagradó mi oferta y mi  
 buen zelo. Este no sosegaba con esta pasiva aprobacion,  
 que fué lo que pudo arrancar á su constante indolencia.  
 A los quatro dias le dirigí otro papel que, ya que no  
 le despertase del letargo, le instruyese de lo que podria  
 hacer aún con nosotros antes de vernos sacrificados como  
 los demás pueblos de Europa, y es del tenor siguiente =  
 Excmo. Señor = No satisfecho mi amor á la patria con la  
 „ corta oferta que tengo hecha á V. E. y seguro de que  
 „ qualquiera pensamiento que arroje el espíritu que me  
 „ anima, no puede desagradar á quien conoce mi buena  
 „ intencion; me atrevo á exponer á la alta comprehension  
 „ de V. E. algunas ideas, hijas de mis ardientes deseos  
 „ de volver los españoles á sus antiguos afectos y carácter,  
 „ que van perdiendo lastimosamente de algunos años á esta  
 „ parte en mengua de aquella reputacion, que supieron  
 „ sostener en paz y en guerra sus antepasados, para hacer  
 „ respetable su nacion entre las extrañas y enemigas. —  
 „ No es sola la fuerza física de los cuerpos, sino la fuer-  
 „ za moral de los ánimos, la que constituye la fuerza de  
 „ una nacion: no basta el poder de las armas, ni la des-  
 „ treza en su manejo, para constituir la potencia de una  
 „ monarquía, si faltan el espíritu, la confianza, y el brio  
 „ en los que han de defenderla; y el zelo y buena vo-

„ luntad en los que han de contribuir con los medios de  
 „ la defensa. — La opinion es la reyna de los hombres, y  
 „ ésta la veo apagada, ó muy fria en mis compatriotas,  
 „ quienes parece que han olvidado la nobleza de su origen,  
 „ la grandeza de su tierra, y la gloria de sus antiguas  
 „ hazañas, desde que han perdido sus costumbres, sus usos,  
 „ sus modales, su trage, su idioma, y hasta sus preocu-  
 „ paciones, que alguna vez son de grande auxilio para  
 „ vencer á sus enemigos, ó á lo menos, para no ser ven-  
 „ cidos de ellos. — Los hombres necesitan siempre de un  
 „ ídolo, al qual sacrifiquen su reposo, sus bienes, y hasta  
 „ su propia sangre. En otro tiempo, la religion hacia  
 „ obrar prodigios: el apellido de *Santiago* convocaba y  
 „ alentaba los guerreros; el nombre de *Españoles!* inflama-  
 „ ba por que envanecia; y el recuerdo de *Patria* infundia  
 „ deseos de salvarla al noble, al plebeyo, al clérigo, y al  
 „ frayle. Pero hoy, que con la inundacion de libros, es-  
 „ tilos, y modas francesas se ha afeminado aquella seve-  
 „ ridad española, llevando por otra senda sus costumbres,  
 „ con un género de aversion al orden de vida de sus  
 „ padres; hoy que ni se leen nuestras historias, ni nuestras  
 „ comedias, ni nuestros romances y xácaras, tratándolo  
 „ todo de barbarie é ignorancia; hoy que es moda, y bue-  
 „ na crianza celebrar todo lo que viene del otro lado de  
 „ los pirineos, y olvidar afectadamente todo lo que huele  
 „ á nuestro suelo, hasta despreciar lo que la na-  
 „ turaleza nos ha dispensado tan generosamente; hoy, digo,  
 „ no queda otro recurso para hacernos respetables y fuertes,  
 „ sino inspirar al pueblo confianza, y á las gentes del *buen*  
 „ *tomo* vergüenza de su degradacion. — ¿Qué le importaria  
 „ á un Rey tener vasallos si no tubiese nacion? A esta la  
 „ forma, no el número de individuos, sino la unidad de  
 „ las voluntades, de las leyes, de las costumbres, y del  
 „ idioma, que las encierra, y mantiene de generacion en  
 „ generacion. Con esta consideracion, en que pocos han  
 „ reflexionado, he predicado tantas veces en todos mis es-

critos y conversaciones contra los que ayudan á enterrar  
 nuestra lengua con su trato y su exemplo en quanto  
 hablan, escriben, y traducen: mi objeto era mas políti-  
 co que gramatical. — Donde no hay nacion no hay patria:  
 por que la palabra *pays* no es mas que tierra que sus-  
 tenta personas y bestias á un mismo tiempo. Buen exem-  
 plo son de ello la Italia y la Alemania en esta oca-  
 sion. Si los italianos, y los alemanes, divididos y des-  
 trozados en tantos estados de intereses, costumbres, y go-  
 bierno diferentes, hubiesen formado un solo pueblo, no  
 hubieran sido invadidos, ni desmembrados. Son grandes  
 regiones, descritas y señaladas en el mapa; pero no son  
 naciones, aunque hablen un mismo idioma. El grito  
 general *Alemanes!* ¡*Italianos!* no inflama el espíritu de  
 ningun individuo, por que ninguno de ellos pertenece á  
 un todo. — El hombre debe regirse por los preceptos del  
 evangelio; mas las naciones por las reglas de su conser-  
 vacion. No hay próximo entre ellas; el ódio recíproco  
 las mantiene sin temerse, ni envidiarse, y cria la emu-  
 lacion, que es madre de grandes acciones. La nacion  
 vive enamorada de otra, está ya medio vencida, dexan-  
 do poco que hacer en una invasion á la fuerza de las  
 armas. Acaso deben á esta fatal disposicion de sus ene-  
 migos gran parte de sus rápidos triunfos los exércitos  
 franceses. — Si la opinion está enferma, deberá curarse  
 por los medios opuestos á los que la pusieron decaden-  
 te. Los poetas, que hasta aquí no se dedican sino á  
 cantar amores y victorias en composiciones heroycas y lí-  
 ricas, podrian exercitar su talento en letrillas y roman-  
 ces populares que diespertasen ideas de honor, valor, y  
 patriotismo, refiriendo proezas de esforzados capitanes y  
 soldados nuestros en ambos mundos, ya contra indios,  
 ya contra infieles, ya contra enemigos de la España en  
 Africa, Italia, y Flandes, pues hartas ofrece la historia. Y  
 con estos cantáres, repetidos en bayles, en plazas, fies-  
 tas y teátros, se daría sabroso pasto al pueblo, y se dis-  
 pertaría su actual indolencia desde que de sus ojos y de

„ sus oídos se van desapareciendo las danzas y canciones  
 „ de nuestra antigua cosecha. — Podrían igualmente contri-  
 „ buir á mantener este espíritu nacional las corridas de  
 „ toros, que en las actuales circunstancias me alegrára yo  
 „ que no se hallasen abolidas. Y como he mirado siem-  
 „ pre esta diversion pública, como nacida y criada en Es-  
 „ paña, solo exercida por españoles, é inimitable en reynos  
 „ extraños; habia escrito en otro tiempo una apología de  
 „ ella contra los españoles de *nuevo cuño*, antes nulos hoy  
 „ para la patria; prefiriendo yo esta que llaman fiereza es-  
 „ pañola, que nos puede hacer temibles, á la molície y  
 „ frivolidad filosófica del dia, que nos ha hecho desprecia-  
 „ bles á los ojos de los mismos que nos han inoculado. —  
 „ Con este motivo, y para que vea V. E. lo que entónces  
 „ pensaba yo en lo que decia, ó mas bien predecia, me  
 „ tomo la libertad de incluirle los tres diarios (\*) en que  
 „ manifesté mi opinion seis años hace, y guardé el anó-  
 „ nimo por no ser apedreado de la gente que llaman de  
 „ buen gusto. — Suplico á V. E. disimule mi osadia, y mis  
 „ yerros, si se pueden llamar tales el desahogo del sano  
 „ y patriótico corazon de quien desea vivamente la gloria  
 „ y dicha de V. E. cuya importante vida ruego á Dios  
 „ guarde muchos años. — Madrid 12 de Noviembre de 1806.”

Me consta que leyó tambien este papel, y muy de-  
 tenidamente, al volver del paseo; pero sin haberse vis-  
 to del uno ni del otro ningun fruto desde entónces. He  
 querido trasladar aquí estos dos monumentos de mi zelo  
 patriótico y de mi prevision sobre el estado de enferme-  
 dad política en que se hallaba mi nacion, la qual no po-  
 dian curar ya las exhortaciones ni los sermones de un idióta  
 causador de su cercana calamidad, aborrecida su persona  
 aun de los mismos que le debian su fortuna. ¿Cuál sería

\*

---

(\*) Son los Diarios de Madrid de los dias 16, 17, y  
 18 de Septiembre del año de 1801.

la tribulacion de mi inquieto ánimo, combatido de tan funestos presagios, quando otros no veían mas tierra que la que pisaban, y no les quitaban el sueño los triunfos de Napoleon! ¡O bienaventuradas almas, que habeis dormido descansadamente hasta que la trompeta de Murát os llamó á juicio! Más yo tube la desgracia de padecer antes de sentir, y de sufrir la muerte antes de morir.

¡O incautos españoles! aun creo que no habeis temido todo lo que podríais temer de las iniquas ideas de Bonaparte, hecho dueño de España. Preveíais estos y los otros trastornos, contribuciones, conscripciones, abolicion de nuestras leyes, ruina de vuestra santa religion, pérdida de las Americas &c. &c. ¿Pero estabais seguros de que no habia de poner la España por el modelo de los demás países que domina mediata ó inmediatamente? Estabais seguros de que tomando en todo por pauta á su organizada Francia, no os dividiria en departamentos, distritos, prefecturas, &c. quitando el nombre y la existencia política á vuestras provincias, y acaso el nombre mismo de España, imponiéndola el de Ibéria, ó Hespéria, segun la manía pedantezca de sus transformaciones, para que así nuestros nietos no se acordasen de qué país fueron sus abuelos? ¿Y sabeis, si para mayor castigo y despecho suyo, nos tendria preparado otro género de dolor y afrenta? ¿Si nos volveria á Godoy con toda su pompa y fausto!

Alerta, españoles: no esperéis humanidad ni amistad de los franceses: desconfiad de sus palabras, y detestad sus obras. En otra ocasion habia dicho yo por hacerle favor: es menester leer su libros, y quemar á sus autores, por que su corazon nunca ha estado acorde con sus labios. Es gente revoltosa por genio natural en su casa, y revolucionaria por política en las ajenas. No pueden sossegar en ningún estado: travesuras y enredos es su oficio en todos tiempos. Bien lo declara y define un antiguo refran de ellos, que leí en una coleccion, y no se me ha olvidado; *Quand le français dort le diable le berce*, (quando el francés duerme el diablo le arrulla). ¿No es esto de-

cirnos que el diablo no quiere que dispierte, temiendo no le quite el oficio?

Con qué énfasis filantrópico pregonaban que con su entrada en Italia iban á abolir el vil comercio de los castrados destinados á la música, como la última degradacion de la especie humana: palabrotas de su pomposa filosofía. No querian que cantasen sopranos; y han hecho llorar despues á los soberanos de aquel desventurado pais. La humanidad de Napoleon necesita de hombres enteros que le engendren esclavos para la guerra, que es el teatro de sus diversiones.

Aletta, españoles, repito. No creais en nada de lo que os anuncien los franceses, ni quando os alhaguen, ni quando os amenazen. Al mundo tienen perdido sus máximas y sus valadronadas. Al Emperador de Rusia le llamaban, quando le declararon la guerra, Príncipe inexperto, y cuitado, rodeado de botarates, y á su nacion le prodigaban los epítetos de barbaros y feroces Scitas, que amenazan á los Estados de Europa. Se acabó la guerra, se hizo la alianza, y ya Alexandro es un jóven héroe, su corte centro de la política, su gobierno ilustrado, sus tropas valientes, y su nacion respetable. Como ellos escriben de todo con magisterio, dicen algunos de sus militares modernos, y lo propagan no sin misterio: que las plazas son inútiles, segun el sistema moderno de la guerra; pero al mismo tiempo ellos guardan bien las suyas, guarnecen y fortifican las que toman, ó mas bien, las que les regalan sus enemigos. Si no sirven, ¿por qué se apoderaron de todas las del Rhin, y fronteras de Holanda, para formar una barrera impenetrable que cerque los confines de la Francia? Si no sirven ¿por qué el primer artículo que exigió su iniquidad del traidor Godoy, fué la entrega de Pamplona, Figueras, y Barcelona? ¿Por qué las mantienen con tanto tesón? Bien saben esos enbusteros que si estas fortalezas no estubiesen en su poder, no hubieran tenido atrevimiento de entrar en España, ni habria muchos meses hace un plumage francés en Cataluña ni Navarra. ¿Se mantendrian en

estas dos provincias sin estos puntos de apoyo, para sostenerse, y reponerse?

Ya habeis visto con desprecio y enojo la alevosía de las obras de Napoleon, y las venenosas frases de la amistad que nos profesaba, y de la prosperidad que nos anunciaban sus proposiciones, y las exhortaciones que nos dirigian los que le servian para la execucion de sus designios depravados.

Preguntad á la Francia desde que su invicto Emperador la gobierna. ¿qué prosperidad le ha adquirido? ¿que tranquilidad y bien estar gozan las familias? ¿qué esplendor las artes? ¿qué progresos las ciencias? ¿qué aumentos la poblacion? ¿qué actividad las fábricas? ¿qué riqueza el comercio? ¿qué grandeza su navegacion? ¿que frutos su doctrina moral y religiosa? ¿qué libertad los ingenios? Y os responderá, que todo está aniquilado; que aquel floreciente reyno se ha convertido en cuartel de soldados, y que en sus antes hermosas ciudades no reyna sino el rigor de un despotismo civil y militar. Los restos de la poblacion que quedó despues de la primera guerra, lloran todavía la sangre de mas de un millon de víctimas: y los pimpollos que han nacido de las cenizas de la gran tala que hizo el hacha de la revolucion, crecieron, y van creciendo para ser arrancados, y trasplantados en el campo sangriento y horroroso de la muerte. Considerad, pues, españoles ¿qué fortuna os esperaba, vosotros, que erais el objeto de la codicia y ambicion de esa fiera atroz, si de esta suerte ha puesto á los suyos, que él llama sus hijos, en cuyo bien se desvela, como él lo dice, ocho años hace, sacrificándoles á sus locos triunfos. En efecto, ellos son los que pelean, y él solo el que triunfa, y su haragana parentela la que goza.

Por otra parte ¿podreis dudar de la moderacion del supremo árbitro de vuestra suerte? Os dixo: no quiero reynar en vuestras provincias, os dexaré vuestra religion, y os conservaré vuestra independendencia, y la integridad de la monarquía. ¿Podia ser mas insolente un vencedor, concediendo á los rendidos estos por pactos capitulacion, ó por

clemencia? Segun esto, ¿él podía prohibirnos el ejercicio de nuestra religion, entregarnos ó vendernos á otro tirano, como tiene de costumbre, ó hacer tajadas de la España?

Una de las causas que alegaba para venir á reformarnos, fué que nuestra monarquía era *vieja*, esto es, que no estaba á la moda francesa; ¡ que insultante gracejo! Venia á reparar nuestro erário dilapidado y exhausto; y para aliviarle, nos enviaba la leve carga de 12000 hombres armados, sobre las flacas costillas de la pobre *vieja*. Veía como él dice, nuestros males, y queria remediarlos, despues de haberlos causado, y sido cómplice de las maldades del ladrón doméstico. = Quería dar á la España el esplendor, gloria, y poder que tubo en otro tiempo. ¿ Qué sería de la Francia, y de su vano Emperador, si recobrásemos las antiguas fuerzas? Compadeciáse de nuestra debilidad, pues no podia ver esta decadencia de un vecino por mal gobierno. Embustero sin vergüenza: ésta do las fuerdisipacion, éste débil gobierno, es lo que á ti te ha dadas y la vilantez para venirnos á insultar. Escosa para reir: será la unica vez que se contará en la historia, que una Potencia se desvele por contribuir al aumento de fuerzas y prosperidad de la vecina; quando todos los gobiernos, para su propia conservacion, ó preponderancia, se aprovechan de la debilidad el uno del otro, ó la procuran, como lo ha hecho la Francia republicana, y despues la monárquia con nosotros.

No quiso quitar, dícenos, el gobierno á Godoy, á quien llama *hombre sin talento ni costumbres*, por no dar una pesadumbre á su amigo y aliado Carlos; y luego le da el mayor pesar con el mayor insulto y alevosía, arrancando á este amigo la corona y libertad, y á su primogénito y legítimo sucesor, el siempre amado FERNANDO VII; y al mismo tiempo patrocina, y ampara al malvado, á quien antes habia calificado de inepto é inmortal.

Y como nuestras leyes son viejas, nos venia á dar otras nuevas: ésta es la última tiranía y humillacion que

pueden sufrir los pueblos vencidos del conquistador. Pues ¿quál será la soberbia y vanidad de Napoleón, que se hace nuestro legislador antes de conquistarnos? Dígalo la nueva *Constitucion española*, que nos regaló su sabiduría y beneficencia: monumento escandaloso de nuestra futura esclavitud. Quería que besásemos, sin levantar los ojos, ni las cejas, un miserable folleto de 34 hojas en dozavo: que en tan sucinto espacio estaba escrito el destino eterno de las Españas, como si se tratase de enviar un reglamento provisional para una nueva colonia de negros en un islote desierto; ó de imprimir el quadernito de las obligaciones de cabos y sargentos. En la corteidad del volumen está el mayor desprecio, y en la brevedad estudiada de sus artículos la mayor injuria con la mayor malicia. Gran paciencia es la nuestra, si no es mayor la indolencia. De tantos letrados, literatos, estadistas, y otras personas doctas y patrióticas, ¿como hasta ahora no ha salido alguna pluma, que desmenuze, deshaga, y pulverize este código de engaños, de insidias, y disvarios? No está lo peor en lo que allí se dice, sino en lo que no se dice. Corto es el volumen en la teórica; pero ¿quán grande y pesado sería el de su práctica?

Si nos resistimos á las violencias de este invasor injusto, por no querer ser sus esclavos, nos llaman rebeldes; y si no resistimos, nos tratan como tales, nos desarman, nos amenazan, nos roban, ó cargan de contribuciones. El primer tiro que sale de un pueblo se expía con degüellos é incendios. Tamerlán no decretaba la muerte á los pueblos que sitiaba hasta el tercero dia. En el primero enarbolaba bandera blanca, en el segundo encarnada, y en el tercero negra. A nadie engañaba: la intimacion era tan clara como concisa.

Bonaparte hasta ahora no ha peleado sino con exércitos, y no con naciones: el respeto que éstas metecen quando pelean por su casa, y dentro de su casa, no entra en las máximas de la política particular que él se ha formado. ¿Quién le ha dicho que no goza de los derechos de la

guerra el que defiende su patria y sus hogares con sus puños, ó con sus armas? Para resistir á los que vienen á robarle sus bienes y su libertad todo paisano es soldado: la falta de uniforme no le quite esta calidad es soldado nato.

¡ Si pensaria Napoleon, que penetrar por la España era atravesar la Suabia, la Saxonia, y Westfalia, cuyos paisanos se quedan dormidos andando! Aquellas buenas gentes, que no usan de las manos sino para dexarse esposar, estan acostumbradas á pasar en cada guerra del yugo de un Soberano á otro, sin poder guardar amor á ninguno. Y además de estas causas políticas, ya de desmembraciones, ya de incorporaciones, y trasiego de vasallages, sin poder llamar patria á la tierra que se perdia por una parte, ni á la que se ganaba ó permutaba por la otra; en qualquiera estado ó mudanza el pueblo era siervo de costumbre y nacimiento.

A los pueblos protestantes, además de todas las expresadas causas de su tranquilidad y su indefension, la irrupcion de los exércitos franceses, y aún la conquista, les debia ser menos odiosa y temible. Allí no hay iglesias que robar, imágenes sagradas que destrozar, santuarios que profanar, esposas de Cristo que violar, &c. Todo es pobreza, y sencillez, sean luteranos, calvinistas, ó filiaciones estas sectas, donde viven como hermanos. Y como Napoleon no les habia de introducir el catolicismo, que les podria alarmar, ni otro culto que les pudiese desunir; les era indiferente la invasion de un conquistador, que no profesa ninguna religion, y las tolera todas.

¿ Pero pensaba el gran político y sagaz Napoleon conseguir el mismo recibimiento de los españoles, que hace dos mil años que mantienen este nombre; que componen una sola nacion independiente y libre, y que profesan la fé católica desde los tiempos apostólicos? A la voz de *patria*, de *libertad*, y de *religion* ¿ cómo no se habian de inflamar los corazones, y de levantar las manos de doce

millones de almas, que se honran con estos amados títulos?

Debíamos temer que el plan de despotismo que va extendiendo el astuto Bonaparte por la Europa, despues de haberle probado bien en Francia, vendria á plantificarlo en España. A esto llama él regenerar, es decir, civilizar á su manera las naciones, hasta que pierdan su antiguo carácter y la memoria de su libertad. Igualarlo todo, uniformarlo, simplificarlo, organizarlo, son palabras muy lisonjeras para los teóricos, y aun mas para los tiranos. Quando todo está raso y solido, y todas las partes se confunden en una masa homogénea, es mas expedito el gobierno, por que es mas expedita la obediencia. Entre un centenar de bolas, todas de un mismo peso y materia, colocadas sobre un plano en forma de círculo sólido, dando un empuje ligero á la del centro, todas se mueven á un tiempo, hasta las de la circunferencia. ¡Qué descansadamente gobierna el déspota entónces! Solo con menear un dedo se conmueve toda la máquina por grande que sea; y solo con abrir la boca, ó arquear las cejas como el Júpiter de Homéro, se estremece la tierra, y tiemblan los hijos de los hombres.

Este déspota es Napoleon, y las bolas del círculo son los franceses. En la francia *organizada*, que quiere decir *aherrojada*, no hay mas que una ley, un pastor, y un rebaño, destinado por *constitucion* al matadero. Por eso no encuentra este pastor contradiccion á sus caprichos, ni obstáculos á sus deseos: su voluntad es la ley suprema, á la qual sirven todas las otras. Cuenta con la mas ciega obediencia de mas de 40 millones de cabezas, que á sus ojos no forman mas que una sola: fortuna que deseó tanto, y no pudo conseguir, el Emperador Calígula, para degollar de un solo golpe á todo el pueblo romano.

El afortunado Bonaparte, quando usurpó la soberanía consular, y despues la imperial, ya lo encontró todo hecho; nació gigante, y usó luego de sus fuerzas. No habia ya en la Francia clero, ni nobleza, ni parlamentos, ni provincias: mantenía aún dentro y fuera 400 000 soldados

aguerridos, y 50 generales de manos y cabeza, de quien echar mano. Abolió todos los monumentos conmemorativos de república; pero conservó todo lo que acomodaba á sus fines, como nuestro Tratado de alianza, que no debia haber subsistido luego que se mudó el gobierno y constitucion francesa. Pero ¿quién habia de resistir, ni adonde se habia de reclamar contra esta injusticia y violencia, siendo el potentísimo Napoleon parte, juez, y verdugo en este proceso?

En Francia, pues, no hay provincias, ni naciones; no hay Provenza ni provenzales; Normandía, ni normandos: se borraron del mapa sus territorios, y hasta sus nombres. Como ovejas, que no tienen nombre individual, sino la marca comun del dueño, les tiene señalados unos terrenos acotados, ya por riberas, ya por rios, ya por sierras, con el nombre de departamentos, como si dixéramos *debesas*, y estos divididos en distritos, como si dixéramos *majadas*. Allí no hay patria señalada para los franceses, por que ni tiene nombre la tierra que les vió nacer, ni la del padre que los engendró, ni la de la madre que los parió: los montes y los rios les dan la denominacion como á las plantas y frutos de la tierra. Nacen y se crian en el campo, y mueren en el campo de batalla. Todos se llaman *franceses*, al monton, como quien dice carneros, baxo la porra del gran rabadán imperial. Asi está asegurado su trono, sin temor de levantamientos ni descontentos de provincias, que, compitiendo en emulacion, podrian emplearla algun dia en cuál empezaría a levantar la bandera de la impaciencia de tan pesado yugo. Esta unidad é indivisibilidad, que convino entonces al mando despótico del Directorio, ha convenido despues al mas despótico de Bonaparte. Esto se llama simplificar, sistemizar el gobierno, y regenerar una nacion hasta hacer degenerar los hombres de su primer destino, cortándoles todos los vínculos de los afectos naturales y sociales: allí se ve destinado, antes de salir á luz,

\*

el fruto del vientre de las madres para asesinos de sus semejantes.

No quiso espantarnos el tirano, quando habló de regenerarnos, con que entraba en su plan la violencia de tan terrible transformación. Ya nos dice allá, no sé qual de los dos hermanos, en sus paternales consejos que le interpretaron y amplificaron en castellano agavachado nuestros oradores de Bayona, el gran deseo de que no padezca la nacion los desastres á que la expondrían las *convulsiones* de las provincias. Sepan, pues, S. M. I. y R. y la R. de su caro hermano, y sepan los eloqüentes expositores de sus adorables decretos y pacíficos *sentimientos*: que las convulsiones de nuestras provincias (Dios las mantenga esta calentura) las han dado la salud, y han salvado á la nacion entera. Este cuerpo exâmine y desahuciado no podia menearse del hoyo en que el traidor de la patria le habia echado, sin que primero se electrizára alguno de sus miembros; y justamente empezó por los extremos. Cada provincia se esperezó, y se sacudió á su manera. ¿Qué sería ya de los Españoles, si no hubiera habido Aragoneses, Valencianos, Murcianos, Andaluces, Asturianos, Gallegos, Extremeños, Catalanes, Castellanos &c.? Cada uno de estos nombres infla y envanece, y de estas pequeñas naciones se compone la masa de la gran Nacion, que no conocia nuestro sábio conquistador, á pesar de tener sobre el bufete abierto el mapa de España á todas horas.

No se os caiga de la memoria, amados compatriotas míos, que el francés es animal indefinible: predica virtud, y no la tiene; humanidad, y no la conoce; quiere la paz, y busca la guerra; destruye con una mano lo que edifica con la otra. Ellos fuéron caudillos, y predicadores de las Cruzadas á la Tierra Santa, y los primeros que las hicieron ridículas en sus escritos. Fueron fundadores de la órden de los Templarios, y los primeros que la abolicieron de un modo inhumano. Fundaron tambien la de San Juan, extinguida y perseguida en Francia por la revolu-

cion; hasta que de la isla de Malta echó Bonaparte á los caballeros, para que cayese despues en poder de los ingleses. Entre ellos se fundó la órden de los Cartujos, para castigo de su bullicio y parlería; como en todo son extremados, inventaron la de la Trapa, en castigo de su glotonería. Dicen que fuéron los primeros cristianos, y tambien los primeros que se han burlado de este santo nombre. En un concilio de Clermont se instituyó la Conmemoracion de los Difuntos; y ahora no ruegan, ni por los vivos, ni por los muertos. Ellos aseguraron la Silla Pontificia en Roma, y defendiéron el patrimonio de San Pedro; y ahora se burlan del Papa y de S. Pedro, y le despojan de sus bienes despues de mil años de posesion. El Francés tiene la vivacidad y docilidad del caballo, que con la misma alegría y paciencia se dexa montar de Trajano que de Napoleon.

¡O! dichosos los moradores de las islas, que cercados del mar, no participais de los sobresaltos y estragos del Continente! ¡O! vísperas sicilianas tan famosas en la historia, cuándo os podremos acompañar con completas, para que los angeles canten laudes en el cielo! Tambien os tenia decretada la esclavitud. No bastándole la tierra, quiere dominar el agua, y arrancar al inglés el cetro de los males, al paso que extiende mas su dominacion con los vanos esfuerzos que ha hecho hasta aquí, llamándole *enemigo comun*, para excitar la indignacion comun de todos los pueblos, como si el amor ó el odio se mandase con decretos imperiales. ¿Qué sería del mundo todo, si la Inglaterra no le hubiese atajado los pasos, y cortado las alas en este elemento? Qué invasiones de conquistadores! qué desembarcos de sangrientos piratas de polo á polo! Este furioso y mal aconsejado héroe, pretendiendo abatir el poder de la Inglaterra, ha dado fin á la marina de todas las Potencias y de la suya propia.

Alerta, leales y brabos compatriotas míos. Centinelas soistodos contra los franceses y contra aquellos españoles, si los hay, que los temen, ó no los aborrecen, por que estos les ayudarian mañana si pudiesen. ¿No habeis visto con asombro y escándalo como les han servido algunos, que á trueque de obtener empleos, viendo la patria sierva y afligida so-

licitaban ó esperaban ser sobrestantes de nuestros enemigos para ejercer algun mando sobre los esclavos patricios suyos? Esta perversidad solo se habia visto en las Regencias bárbaras, donde los que mandan y apalean á los cautivos cristianos, y les atan al remo, y les cortan los brazos sino bogan, son los renegados, aquellos que por tener algun mando sobre sus míseros compañeros, se desnudan de la religion de sus padres, del amor á su patria, y de todo afecto de vergüenza y humildad.

Alerta, españoles dexad que esos locos transpirenaysos os llamen bárbaros, con tal que os reconozcan terribles é inconquistables. Se quexaban de nuestros caminos, y de nuestras posadas: ojalá no hubiesen sido tan cómodos para recibirlos en ningun tiempo, ni en paz, ni en guerra, ni para que tantos jóvenes nuestros hubiesen podido pasar nuestra frontera! Posadas del Arabia, y caminos de cabras, les debiamos haber preparado; y en lugar de arrecifes espaciosos, barrancos y peñascos atravesados, para que no pudiesen correr la posta, ni rodar su artillería. La civilizacion á veces mata á las naciones. Desde que el Duque de Saboya abrió un magnífico camino, rompiendo enormes peñas, dexó de ser el portero de Italia.

Españoles ilustres: Provincias que os honrais con este timbre glorioso, y que juntas formais la potencia española, y que reduciendo vuestras voluntades en una sola, hareis para siempre invencible la fuerza nacional: union fraternidad, y constancia. Cada movimiento que os aparte de estos tres puntos es una brecha que abris al asalto de nuestro enemigo: no espera él mas victoria, y ésta no la puede alcanzar con sus armas, sino con nuestras propias manos. El astúto é insidioso Napoleon no duerme, y asi desveláos en limpiar el sagrado territorio español de desleales, hipócritas, y desafectos á la causa comun. Nuestro Soberano está preso en la infiel Francia, más la Soberanía está libre en España. Su real palacio os espera, y aguarda que llegueis, Diputados de la union y autoridad suprema, para abriros las puertas que el luto nacional tiene cerradas.

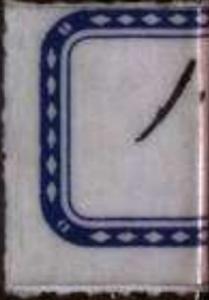
**VOLUNTARIO DE ART.**

REPRODUCED BY THE  
BIBLIOTECA NACIONAL DE LA ARGENTINA









**1809/10**

**1809/10**

1809  
1809  
CENTINELA

CONTRA FRANCESES

PARTE SEGUNDA.

POR D. ANTONIO DE CAPMANY.

**LIBRO**  
**FACULTATIVO DE ARTILLERIA**



FACULTATIVO DE ARTILLERIA

C

alfabético

Indice por orden

de materias

Estante

Tabla

1809

10

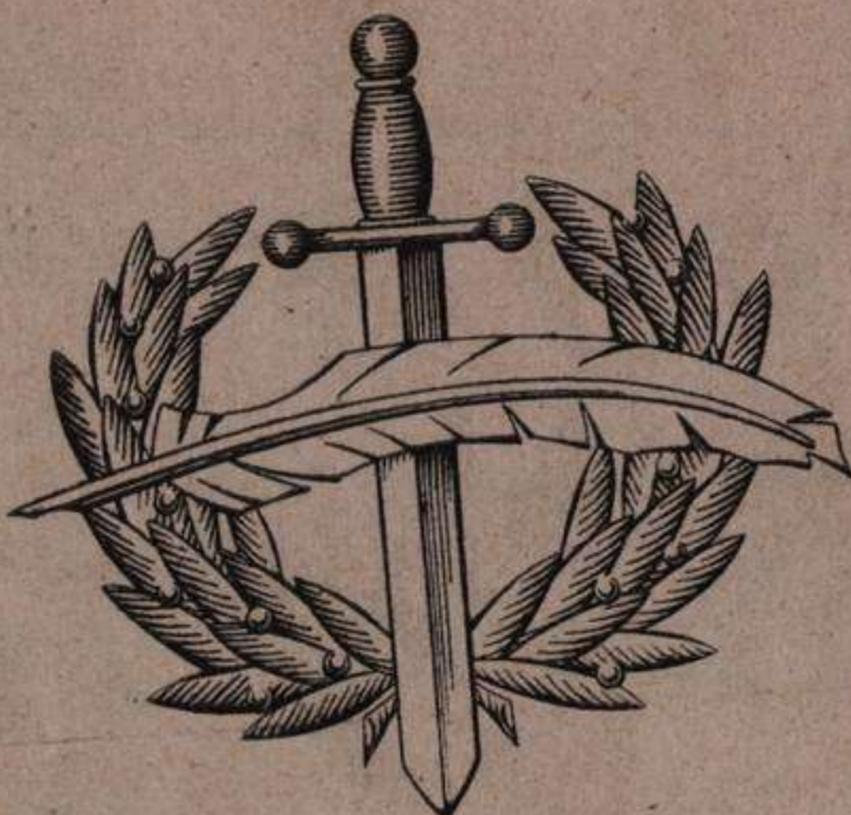
Impreso en Madrid; y por su original en México en la  
Oficina de Doña Maria Fernandez de Jauregui, calle Santo  
Domingo. Año de 1809.

21

BD2-643  
ML-R-88-A

1809  
MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR



SERVICIO HISTORICO

EXERCITO ESPAÑOL  
*(Caja archivo N.º 1)*



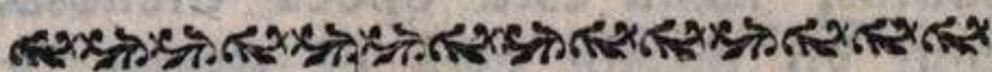
BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR  
(MUSEO DE LITERATURA)  
SIGNATURA 1809-7  
ARMARIO 5 TABLA 4

1809  
10

# CENTINELA

## CONTRA FRANCESES

### PARTE SEGUNDA



Vuelvo á tomar la pluma, amados lectores, mas de agradecido que de confiado. Bien sé de mí que no habia dicho todo lo que podia, ni todo lo que exígia la importancia del asunto, ni con toda la vehemencia de que era capaz mi indignacion. No quise extenderme á mas páginas, temiendo me juzgaseis por pesado, y presumido, pues no ignoro que en esta hambre general de devorar papeles habríais de estimar las rápidas pinceladas de una mano libre, mas que quadros acabados. Así lo executé, no sé si con felicidad, persuadido de que satisfacía lo que debo á la patria, y á la reputacion que hasta aquí me ha dexado gozar pacíficamente el favor de las gentes.

Pero la presteza con que se ha despachado la primera impresion, y el ánsia con que se busca la segunda; me han alentado á vestir con nuevos colores y realces la materia, que es de suyo inagotable. La buena acogida que la *Centinela* os ha merecido, me obliga á corresponderos con una segunda parte, manifestándoos mi agradecimiento con esta nueva muestra de la llama que abriga mi pecho. Esta la siento como inextinguible hasta mi muerte, por que es la que me sustenta la vida, y conozco que me la alarga. Mi escrito, sin esperarlo yo, se ha hecho célebre: esto es una fortuna, que no siempre suele acompañar al merito. ¡Ojalá produzca el fruto que yo me propuse, exáltando los ánimos sanos y generosos, y encendiendo los tÍbios y cobardes!

Busco, y no hallo, qual sea la causa de tan gene-

2  
ral aceptación. Si es mi nombre, me abochorno; si mi osadía, me honro con ella; si mi estilo, jamás he tenido otro: si las verdades que inculco, éstas tienen su peso en sí mismas; si la libertad que anuncio, ésta siempre la he amado, sin poderla pregonar con la lengua, estando siempre en mis labios, hasta esta época dichosa. El público sabrá mejor que yo donde está el punto, y la sazón del condimento. Yo solo puedo decirle: que quando escribo cosas tan peregrinas y terribles, no me acuerdo de mí: la imaginación anda como la rueda en un molino, el corazón quiere salirse á la calle á predicar sin pedirme licencia, y no sé donde está mi cuerpo. Y así ruego al público que se saborée con mi papel, pues no le ha desagradado, y que lo reserve como plato nuevo que se servirá en la sagrada mesa de la patria en el día del gran banquete de la libertad nacional. Ruégole también que no se acuerde de mí sino para mandarme en servicio del bien común. Leed el libro, y no busqueis el autor; no soy yo el que hablo, sino un espíritu que no tiene nombre, aunque tiene patria.

En esta segunda parte, como en la primera, he huído de prolixas narraciones de sucesos que todo el mundo sabe, y que entre todos los papeles impresos de estos últimos tiempos se han repetido. He tratado de mover al lector antes de persuadirle: así huyo de lugares comunes, de sentencias sutiles, y de puntos de controversia política. No formo opinión para ganar la del pueblo: fundo si la razón, que no es de nadie y toca á todos. „ Quien quisiera „ apartar al vulgo de sus opiniones, dice Don Diego Saavedra, „ con argumentos, perderá el tiempo, y el trabajo. Ningun „ medio mejor que hacerle dar de ojos en sus errores, y que „ los toque.„ Lo mismo pretendo yo hacer con el común de los lectores: quiero que palpén con sus propias manos los males y los peligros. De estos hay algunos que no se conocen, y son los mas irreparables, por que llegan primero que el remedio.

Dexo á los discursistas políticos del día el empeño de disertar sobre bases, principios, elementos, y derechos

de la autoridad que nos ha de regir y salvar. Lo que nos ha de salvar es la unidad, la union, y la comunion de los fieles españoles: un poder conocido, y reconocido. Legal es todo aquello que la extrema necesidad nos obliga abrazar; y legitimo, todo aquello que la voluntad general desea, aprueba, y consolida sin intervencion de manos extrangeras. No es momento este de disertar, sino de pelear. Dexémos á los ociosos, enamorados de su ciencia, ó de sus especulaciones sociales, que se hilen los sesos en organizar el mejor gobierno, allá en su imaginacion, y en silencio. Tratémos todos ahora de qual será la mejor guerra, que es nuestra primera obligacion, y el mayor peligro, que no da plazos al discurso, pues viene por la posta. Este es el negocio supremo en que deben ocuparse nuestras cabezas y nuestras manos.

Me acojo otra vez á nuestro Saavedra para el caso presente, por no salir de España, donde escribe: „ El „ decir verdades, mas para descubrir el mal gobierno, que „ para que se enmiende, es una libertad que parece adver- „ timiento, y es murmuracion; parece zelo, y es malicia.“ No pienso yo tan siniestramente de todos los escritos anónimos que han corrido en el público. En todos respira patriotismo, y en algunos desacompañado de prudencia. En todos se descubre grande amor á la libertad; mas sin que podámos distinguir qual es el significado que aplican á esta voz, lo mismo que á la de independencia. Son palabras favoritas de todos; pero me espantan en esta ocasion. Quiero conceder á todos mejor nombre. Y volviendo la espalda á la corte, y á los cortesanos; tiendo la vista á otras tierras, en donde la sencillez y pureza de los sentimientos naturales obró el primer prodigio de nuestra defensa, y continúa, sin discursos ni teorías, trabajando para la redencion de España.

¡O ilustres y valerosas provincias! ni los libros, ni los políticos, ni los filósofos, os enseñaron la senda de la gloria. Vuestro corazon os habló, y os sacó del arado y de los talleres para el campo de Marte, y os dixo: san-

gre generosa, sangre española ¿para qué la conservo en vuestras venas, sino para derramarla en defensa de la Patria, que os dió el ser y juntamente el valor? Vosotros, ciudadanos pacíficos que dormiais en el profundo sueño de la esclavitud en que os tenia adormecidos años hace el terror del tirano, levantásteis el grito de la guerra sin necesidad de caxas ni de clarines; y os armásteis antes de tener armas. El acero estuvo en vuestros pechos primero que en vuestras manos. Ya hemos visto despues que vuestro corazon está casado con vuestra espada, y que es casamiento de amor, y no de intereses viles: sea para siempre indisoluble.

Vosotros habeis hecho ver ahora al mundo que el pueblo es la nacion, pues de su masa sale todo: el sacerdote, el magistrado, el guerrero, y hasta la sabiduria. A él no le pueden engañar ni desalentar la perfidia, ni la cobardía de los traidores públicos quando vé con sus propios ojos el peligro y la traicion, y se siente con ánimo y fuerzas para arrostrarlos.

Me inclino á creer, y sírvame por ahora de lisonja y de consuelo, que no contribuyó poco para avivar la lumbre natural en la mente del pueblo el largo yugo que habia sufrido. Los escándalos y monstruosidades que llegaban á los oidos de unos, y á los ojos de otros para mayor tormento, le acostumbraron á raciocinar, sin necesidad de los estudios de Condillác, de puro exercitado en la marmuración, que es el pasto ordinario en los malos gobiernos. Reprimíais vuestros suspiros al paso que crecian vuestros agravios, por que crecia al mismo compás el temor del poder airado. En fin el enojo desplegado en Aranjuez contra Godoy, os entreabrió una puerta á la esperanza, y el funesto dia dos de Mayo, memorable en los fastos de Madrid, y en los anales de nuestra nacion, os la abrió de par en par á la venganza, que no pudo desahogar su vecindario contra sesenta mil facinerosos armados que le tenian sitiado.

Desde entonces jurásteis, y lo habeis cumplido, el

eterno voto de vengar las atroces muertes que padecieron á las bocas de los fusiles franceses vuestros indefensos hermanos, á quienes no les concedió la fortuna la dicha de morir peleando: última satisfaccion en aquel postrero y desesperado trance. Perekisteis, desventurados habitantes de Madrid, á manos de vuestros enemigos, atados como correderos, con el desconsuelo de no entender vuestras quejas y clamores los mismos que os condenaban, ni los que os habian de quitar las vidas; ni vosotros las fatales y breves palabras de vuestra sentencia, por la ignorancia del idioma: ¡terrible y nunca experimentada afficcion! Era tal la precipitacion del juez y del verdugo, que alguna vez llegaron á vuestros oidos la condena y los tiros á un mismo tiempo, sin permitiros la furia é inhumanidad de aquellos impios la consolacion de morir como católicos; pero ¿qué importa, si moriais mártires? Dabais voces como cristianos, y los descreidos hijos de Napoleon, no las escuchaban; más el cielo las oía. Aumentaba la obscuridad de la noche vuestra afficcion y desamparo, para que no tubie-  
seis el consuelo de volver la vista á vuestros hogares, regados de lágrimas de vuestras esposas, padres, hermanos, y amigos en el momento mismo en que ibais á regar con vuestra sangre el Prado que habríais paseado alegres el día antes: pero los Angeles os veian, y pedian á su Señor y al vuestro el desagravio de la inocencia sacrificada. Y el Señor dixo: yo os vengaré; y ha cumplido su palabra.

Para conseguir la verdadera independendencia de nuestra nacion por los siglos de los siglos, es preciso comen-  
zar por la reforma de nuestras costumbres, no solo como cristianos, sino como políticos. Enmendémonos primero nosotros antes de querer enmendar el gobierno. Leyes tenemos para hacernos mejores, y las que nos faltan para no temer la tiranía y la invasion, se hallarán en la sabiduría y provision de los que la nacion elija para conservar su poder, su gloria, y su perpetua seguridad.

Corrijámos nuestras costumbres volviendo á ser españoles de chapa, y de calzas atacadas, para que no pue-

6.  
dan venir los franceses á azotarnos como á niños de escuela. Mudémos la piel vieja, que en cierta gente muy leida aun huele á francés; más ésta ha de ser obra de nuestras manos. Tratémos de hacer todo lo contrario de lo que hacíamos, desnudándonos con un santo corage de todos los hábitos que nos habia introducido el pestífero exemplo de los que eran y han sido siempre nuestros enemigos. Empecémos esta patriótica empresa purificando primero nuestros labios, y despues nuestro corazon: voy á explicar mi concepto.

Si tarda mas tiempo en venir nuestra redencion, gracias á la agresion de nuestros pérfidos aliados, no solo se acabára de estragar la lengua española, sino que se hubiera acabado de todo punto con el refuerzo de gavachos que venian á sentar sus reales en nuestra casa como en la suya propia: pues no solo se habia alterado la índole y frase, mas tambien el vocabulario castellano, con la pestilencia de tanto traductor jornalero, y de la adulterina parla de tanto jóven que volvia de la romería de París transformado en arlequín. Sinembargo, aun vivia la pobre vieja, á pesar del continuo garrote que le daba años hace la cultísima juventud de ambos sexôs. Napoleon, que todo lo quiere renovar, no se acordó en su plan de regeneracion sino de la vejez de nuestra monarquía, y no de la lengua, que no es menos vieja.

No se palpaba la disonante y afectada extrangería solo en el habla; sino tambien en el tono, en la accion, en los modales, y en todos los accidentes del trato civil. ¿No vimos pocos años hace, convertidos en monos de los franceses, raparse de repente nuestra juventud como motilones hospicianos, por no tener ni un pelo de español? A lo menos en aquellos tiempos que nuestros abuelos se atusaban habia hombres de bigóte; y en estos últimos? hombrecillos, que no parecian hombres, ni mugeres. Todo estaba trocado ya: á ellos apenas les habia quedado cara, y ellas andaban descaradas, y tómenlo en uno y otro de los sentidos. Hasta la mantilla se habia perdido,

7

pues ya no era toca, ni velo, habiendo sido en sus principios manto, que solo ha quedado para imágenes. Ya no había saya, ni basquiña, sino sotana de clérigo emigrado: nuevo artículo, y nueva ganancia para las mismas modistas francesas que hasta el género traían de su tierra, y la seda, y el hilo, y la aguja con que cosían. Estas costureras contrabandistas, pues comían á dos carrillos, iban extendiendo á la calle su jurisdicción, que antes no pasaba de los coches y de los estrados. Antes nuestras mugeres les habían entregado solo las cabezas á su capricho; y despues se entregaron todas desde la cabeza hasta los pies. Dentro de poco les traerían los zapatos.

De las señoritas del buen tono no digamos quán mudadas estaban: por que ya no hablaban, ni suspiraban, ni enamoraban como sus madres. Parecían ellas, como sus obsequiadores, traídas á España, no nacidas en su suelo: y para persuadirlo al público, habían puesto tanto esmero, que hasta el andar nacional habían perdido, aquel paso firme y ayroso, por imitar el de las francesas, que parece se van pisando las tripas.

Si volvemos la consideración á cosas mas sérias, veremos mayores trastornos en las ideas morales con mayor dolor, y con mayor escándalo. Los esposos se llamaban amigos, aunque no lo fuesen, por no darse los nombres propios de marido y de muger, que huelen á gente ordinaria, y no son de la reciente cultura del buen tono. Los padres y los hijos se llamaban también amigos y se trataban como tales: y lo mas fino de la urbanidad y filosofía sentimental, era dexarse aquellos tutear por escrito y de palabra de niños de diez y de quince años, y un poquito mas arriba. A este paso la palabra de cortesana amistad iba usurpando los derechos y rompiendo los sagrados y antiguos vínculos del amor conyugal, del amor paternal, y del respeto filial.

Tampoco había ya niños, ni niñas, muchachos, ni muchachas; sino que se les había de llamar jóvenes á la

francesa, aunque acabasen de salir del cascarón. Al padre se le habia de llamar *papá*, y á la madre *mamá*, aunque los hijitos pudiesen ya padrear, por ser una de las reglas de delicada crianza, que articulasen como mamones, é inocentes, muchos que no tendrían pelos en la lengua. No hace muchos dias que en una calle me encontró cierto joven, que pasaba de los veinte, educado á la perfeccion, que me dixo: papá me ha encargado le hiciese á Vm. una visita; y yo, como admirado, le dixé: ¡que! ¿ha muerto su padre de Vm.? Creo que me entendió, aunque se hizo el desentendido. No quisiera hablar aquí de las gesticulaciones, y cortesías á lo galápago, metiendo y sacando la cabeza por entre los hombros, en que se habian exercitado nuestros mozos pulidos, y otros que, sin serlo, les querian imitar. Eran tan esmerados algunos en los movimientos de cabeza para saludar, ya baxando ya levantando las orejas, que me parece veía las cabezas de los gatos de yeso que venden los Grisones. Ya no se saludaban con la mano, sino con los dedos. ¡Que economía de tiempo, y de trabajo, si fuese para emplear mejor el sobrante! ¿Si se saludarian así los lacedemonios, que eran escasos de todo, hasta de palabras? En esta marcial moda nadie ha perdido mas que las señoras mugeres, que olvidadas de su sexô y del respeto que se les guardaba en otro tiempo, se han dexado tratar como varones, las matronas, y las doncellas. Nada habrán ganado sus costumbres con esta familiaridad á lo filósofo, ó sea á lo quákero.

Hablo de estos disvarios como de pecados pasados: los llamo pecados, por que tambien pecan contra la patria los que se olvidan de ella. Lo miro todo como cosas que fueron, y no son, pues no puedo resolverme á creer que continúen: quiero contemplar á los dos sexôs enmendados y arrepentidos. Vestid al revés de los franceses, de qualquier modo que os parezca contrario, aunque sea á lo moro, á lo turco, ó á lo persiano.

¡Dichosos vosotros, españoles del campo y de las aldeas, en donde no habia entrado semejante corrupcion,

ni por los ojos, ni por los oídos, pues no habeis degenerado del carácter, trage, y language de vuestros abuelos, y del amor heredado á la tierra que os vió nacer, y os verá morir! Ahora lo habeis manifestado con vuestro valor y el desprecio de la vida, arrojando de vuestra vista á los ladrones de vuestros bienes, honras y familias. ¡ Dichosos tambien los Monges y los Frayles, que observantes fieles de su regla, gastan siempre la misma ropa, el mismo trage, el mismo color, y el mismo corte; sin temer los estragos de la inconstante y costosa moda; que á los del siglo nos desnuda quando nos viste! ¡ Dichosos, en fin, los musulmanes, que obligais á los veleidosos franceses á que arreglen los colores, la calidad, y el tiro de los texidos que os envian de sus fábricas, á vuestro inalterable uso y sistema de vestir! Solo vosotros les habeis atado las manos á sus invenciones.

Dexo de ponderar aquí los daños que han hecho, no solo á nuestra lengua y modo de pensar, sino tambien á las costumbres, las malditas novelas francesas, ya traducidas, ya originales, que corrompen los corazones con capa de fortalecerlos en peligrosas luchas, y queman por donde pasan sin verse una chispa. Entre los personajes siempre sale un Marqués, un Conde, una Condesa, un Barón, una pupila, un tutor, un tío, que va ó viene de los baños. En todas partes se presenta chimenea, sofá, fortopiano, aunque sea en una aldea, ó en la casa de un Baquero. El desayuno es thé, ó café con leche: las escenas son siempre en una quinta de recreo; y siempre hay jardines, fuentes, ó sauces llorones adonde va à llorar sus cuitas la señorita. Los amantes van y vienen en silla de posta, y las amadas tambien, pues nunca les falta una tia, ó la hija de la nodriza, que las acompaña. Siempre aparece un Coronel, ó un Capitan, ó un mayor calavera, que enamora, seduce, ó echa mano al sable, ó á la pistola. Tales comparsas nunca hemos tenido, ni tenemos por acá, ni nuestros ojos están acostumbrados á estos objetos. El

\*

clave entre nosotros sería una guitarra, el desayuno chocolate, ó huevos fritos, el jardín es huerta de berzas y pimientos, la fuente un manantial rústico, y la quinta es venta. La señorita no es señorita, sino doncella: no toma silla para huir, sino que monta á las ancas del jaco de su amante, que suele ser un D. Felix, ó un D. Diego á secas. No pretendo sacar ejemplos de virtud ni de unas ni de otras historietas; bien que en el mayor recato de las extranjeras está escondido el mayor veneno; además de que los caracteres, las situaciones, y el language disuenan en gran manera de nuestros hábitos y usos. Ya empiezo á ver la aurora de la restauracion de la legítima locucion castellana, y aun de la eloqüencia, segun se manifiesta en algunos de los escritos patrióticos de este tiempo de libertad: por que, con mas ó menos ornato y valentía, todos son producciones de propio numen, y no traducciones, ni imitaciones del francés, adonde nadie habrá ido á tomar modelos en este género. ¿Qué será quando el talento se vaya desentumeciendo del duro peso de las cadenas que acaba de soltar? No quiero extenderme aquí á todo lo que pide la reforma de los abusos introducidos en nuestra lengua hasta desagavacharla enteramente. El diccionario hispano-galo compondria un buen volumen, y lo dexo para otra ocasion, si el cielo me la concede. Por ahora deseo ver desterradas las palabras *asamblea*, *bello-sexô*, *detallar*, *organizar*, *requisicion*, *seccion*, *resultado*, *autoridades constituidas*, *agentes del gobierno*, *funcionario público*, y hasta la de *regeneracion*, que tantos suspiros nos cuesta, no siendo en estilo místico; ni tampoco *arma* por tropa. La misma voz *central*, aunque castellana, me incomoda, solo por verla usada en Francia para establecimientos políticos y literarios de su loca revolucion. Además en español no recibe esta voz la acepcion que se le quiere atribuir en el significado de principal ó capital.

Aquí me hallo atascado, sin saber por donde echar á pasear mi fantasía: todos son monstruos de diferentes figuras, que me salen al encuentro: por todas partes me

asaltan horrores: y escándalos que no conocieron los siglos. Cierro al fin los ojos, y arremeto otra vez con Godoy, á quien el nobilísimo Emperador abriga, y trata de Serenísimo Príncipe, para hacernos con este nuevo insulto un género de guerra. Consérvele todos los títulos, y honores que quiera, y dispénsele otros de nueva invencion, hasta el de Sátrapa; que aquí le conservaremos sus sueldos, emolumentos y estados hasta que vuelva á edificar-nos con sus consortes.

Bien quisiera, y podria yo, internarme en el laberinto de este minotauro; pero ¿quién me daría el hilo, ó las alas para salir á puerto de claridad? Su vida secreta está tan intimamente unida con la de personas demasiado conocidas, que el recato y el respeto nos manda cubrir por ahora con un denso velo. Solo podré decir, por via de suplemento al bosquejo que tengo hecho de ese traydor, y archipiráta, que su despotismo, disolucion, é insolencia, sostenidas por los mismos á quienes ofendia de lleno, y sufridas diez y ocho años seguidos por doce millones de españoles, no tiene exemplar en las humanas ni divinas letras. Los privados, cuyos crímenes ocupan algun lugar en la historia, ó fueron víctima del pueblo, ó del poder de sus rivales, ó del enojo de los Príncipes desengañados: y así casi todos murieron en un cadahalso. Pero este malvado, burlandose de la autoridad soberana, y del respetable nombre de la nacion; no ha conocido la vergüenza, ni los remordimientos, y ha sobrevivido á sus delitos, amparado de otro mas vil y delinqüente que él, y mas poderoso.

¡ O vosotros Guardias de Corps, los mas ofendidos de este ingrato tirano, compañero vuestro quando era hombre ¿por qué le librásteis del furor popular en aquel dia memorable de Aranjuez, quando cayó vivo en vuestras manos? Quísisteis obrar como humanos y como caballeros con un cobarde reo, que ni era hombre, ni caballero. ¡Pereciéra en aquel momento, ya que el cielo parece le tenia destinado á la venganza nacional tantos años repri-

mida! El quedó salvo; y vosotros, luego despues, tubisteis que andar divididos y dispersos, como bandada de páxaros á vista del espantajo Murat, que vino á quitaros de entre las manos la presa que no supisteis ahogar con ellas. Conviene guardarle vivo para sacarle los tesoros con sus declaraciones, decíais, y decian otros; y lo guardabais para que fuese á declarar nuestro mísero estado ante Napoleon. Los millones ya no estaban en España, sino, unos en Francia, y otros en otras partes, adonde habian pasado por varios conductos ocultos, y maniobras judaycas. El no nos dexó aquí mas que la horrenda memoria de su nombre, y de sus escándalos y estragos.

Nos dexó la odiosa vista de sus palacios, pues ya no podia caber en uno su vanidad, que hoy son propriamente palacios encantados, pareciéndonos sueño lo que hemos visto, y lo que vemos. Este hombre se habia vuelto demente con tanto poder, y tanto gozar: desvanecida tendria la cabeza con el humo de tanto incienso como se le ofrecia en verso y en prosa, y hasta en los templos de Dios, en donde no habia jamás penetrado entre católicos la idolatría del poder humano. O! sagrada oratoria! á qué vil oficio te habia prostituido la venal adulacion! ¿Nos admiraríamos que á César Octaviano le erigiese un ara la gentil Tarragona; quando las efigies de este malvado, enemigo de la patria, y escandalo de la cristiandad, se introducian y colocaban en las casas del Señor, huyendo las de los Santos de su vecindad? Se colgaban las paredes de adornos, quando debieran cubrirse de luto: las campanas tocaban á fiesta, quando debieran á rebato. Estas sacrílegas demostraciones no serán creidas de la posteridad, y nosotros apenas las creerémos dentro de poco, haberlas visto. Lloren su pecado los que se desnudaron de todo respeto humano y divino para humillarse á tanta baxeza; y lloremos nuestra cobardía los que lo consentiamos con nuestra paciencia.

No contribuiría poco nuestra indolencia á fomentar la osadía y las esperanzas de Napoleon, para venir á sub-

yugar con el aparato de sus huestes una nacion tan habituada á sufrir, y á callar. Pero, esta misma paciencia forzada nos ha dado despues el espíritu y el esfuerzo para no sufrir mas. Dixo el pueblo, y solo tú supiste decirlo: hasta aquí llegó mi opresion; y no pasó de allí. Llegan los males á tal extremo, que su misma gravedad trae á veces remedio. El borrico, quando no puede aguantar mas, se echa al suelo con la carga: pero á nosotros nos ha sucedido lo que al camello, que humildemente arroci la do, quando le cargan mas de lo que puede llevar, se levanta. Perdonadme, lectores, que use de tan baxas imágenes, porque hemos llegado á tiempo, que no se encuentran símbolos para enseñar á los hombres, sino en los animales.

A este miserable estado de indiferencia nos habia reducido el poder tremendo del privado: nombre exécrable que debe borrarse desde hoy de todos los diccionarios. Pero era todavía mas miserable y abominable el daño que su estragada vida hacia á las costumbres públicas y domésticas. Pensaban sus aduladores mas allegados que hacian mas agradable servicio á ese monstruo en imitarle en los vicios: y la adulacion juzgaba que con ellos podria granjearle la voluntad, de la qual pendia la distribucion de todas las gracias. Tambien, quando se cansaba de ser vicioso, mudaba de objeto á su querer, y queria parecer sábio. Contemplandose superior á todos en el poder; tambien pretendia serlo en las calidades del ánimo y del entendimiento. En todos los asuntos despoticaba S. E. sin haber abierto jamás un libro, lo mismo en las artes de la paz, que en las de la guerra. Dictaba reglas á los arquitectos, á los pintores, y demás artistas que llamaba para que, guiados por sus disvariadas ideas, trabajasen en sus obras: y así nunca se acababa nada, sino la paciencia de los profesores. Tambien echaba máximas de moral, y de política á su manera, que algunos bestiales aduladores recogian como sentencias de Platon, ó de Caton, y hubo quien las hacia repetir á sus hijos. Charlaba de táctica

con la satisfaccion de un Montecúculi, ó de un Alexandro Farnesio. Animaba á los militares á la guerra, saliendo con botas y espuelas á la sala de su corte, oliendo á ambar por no espantar á las damas; y con estas farsas, que duraban siete ú ocho dias, ha hecho sus campañas. Juzgaba como otro Apólo del mérito de las composiciones poéticas que el temor ó la esperanza le dedicaban; y mantenía, para solazarse, y fomentar su cansada lascivia en los ratos ociosos, poetas y poetisas de cámara que se la atizasen, Trinchaba en todo, nada dexaba hacer á los que podian ayudarle, y librarle de la risa y censura pública: quanto se imprimia en su nombre era parto de su pluma, y bien se le conoce. En fin no habia género de gloria a que quisiera renunciar. Tenia tambien su biblioteca, virgen y brillante, sin costarle un quarto, como su serrallo provisional, cuya manutencion corria de cuenta de las madres ó maridos, y la recompensa de los favores á cargo del erário. Tambien picaba en erudicion histórica. Y para que se vea hasta donde rayaba en este género su buen gusto: entre sus caballos tenia uno á quien le habia puesto el nombre de *Trajano*. Si de aquel virtuoso Emperador tenia tal concepto, que le convirtió en bruto, profanando su augusto nombre ¿qual le merecerian los mortales que enmudecian á su presencia? Al susodicho caballo llamaba él su amigo, por que se quejaba de no poder hallar uno entre los hombres: y tenia razon, pues no merecia el despota otros amigos que bestias. Ah! Si el bruto hubiese podido hablar, bien sé yo que le hubiera respondido enojado: yo no soy tu amigo, ni quiero serlo: si soy *Trajano*, súbeme desde ahora al palacio, y baxa tú á la caballeriza.

¡ Desgraciado hombre, cargado de tantos y tan enormes vicios, que no dieron lugar á ninguna virtud, con la qual pudiese borrarlos ni aun la mas servil adulacion! Lo que hemos visto en estos últimos años no lo han visto ni volverán á vér tal vez los siglos. Todo ha salido desmentido;

nuestros discursos, y la experiencia de las cosas pasadas. Cerré-  
 mos los libros: callen Tácito, Salústio, y Suetonio, y  
 avergüenzese el mismo Machiabelo. Vuelvan al mundo,  
 y verán quán cortos se quedaron, y como el desorden, y  
 la locura del imperio ha desmentido en estos últimos tiem-  
 pos la mayor parte de sus sentencias, y observaciones po-  
 líticas. La experiencia les mostró que hubo y habria siem-  
 pre desafueros contra la justicia y la razon; más no con-  
 tra la misma naturaleza. ¿Qué diria ahora nuestro políti-  
 co Saavedra, si leyese lo que nos dexó escrito en la si-  
 guiente máxîma, fundada en el orden natural de las cosas  
 humanas? „Quando el valimiento de un Privado (dice) es  
 „ grande, al mismo Príncipe, autor suyo, dá zelos, y te-  
 „ mor, y procura librarse de él. Reconoce el Príncipe que la  
 „ estatua que ha levantado, hace sombra á su grandeza,  
 „ y la derriba.“ Esto habrá sucedido, y es lo que debe  
 suceder; pero estaba reservado, para desgracia nuestra, que  
 experimentásemos todo lo contrario. Aquí el Príncipe ja-  
 más tubo zelos, ni temor: quando mas levantaba la es-  
 tâtua, mas amor cobraba á su hechura: quanto mas som-  
 bra le hacia ésta, con mayor seguridad se acogia debaxo  
 de ella; y tan léjos estaba de derribarla, que se abrazó  
 con ella en el ultimo peligro para caer juntos la obra y  
 su hacedor. El favorito llevaba ya el cetro, y Carlos so-  
 lo la corona para tener algo de Rey. Qué bien se podría de-  
 cir de este infeliz Soberano lo que se dixo de Claudio:  
 que de tal manera se habia entregado á sus favoritos, que  
 no se acordaba que era Emperador sino se lo decian. La  
 pluma se cae, y la mano se encoge, avergonzada de em-  
 plearse mas tiempo en describir las disoluciones y críme-  
 nes de este monstruo, autor de nuestra perdicion. Apar-  
 témos la vista hasta de su memoria, y dexémosle que go-  
 ze en mala hora en casa de nuestros enemigos de los aga-  
 sajos de otro monstruo mayor que él.

Tampoco quisiera traer otra vez á la memoria el  
 retrato odioso de Napoleon: este nombre me indigna, y su

figura me hace estremecer. Ya dixé ocho años hace al ver su busto en una caxa; este tiene cara de heresiarca; y á fé que á ninguno se la he visto. ¿Qué funesto presentimiento me inspiraría su fisonomía, para retratar por ella su corazón? No le traté de herege, ni de apóstata, porque nunca ha tenido religion que dexar, ni que abrazar: leí en su cara una profunda hipocresía, y en su vista perspicaz y sombría una malvada intencion: así se me representó como el fundador de una nueva secta, ya fuese política, ya religiosa. El mundo lo ha visto despues con espanto, y he tenido yo el dolor de ver realizada mi apprehension. Meditabundo, serio, tétrico, de pocas palabras y de mucha intrepidez, desterradas de su rostro la risa y la afabilidad, ambicioso de mando y de gloria; héte ahí Mahoma hecho y derecho, y para completar el paralelo, también tocado de epilepsía como el hijo de la Meca. Ambos vinieron al mundo para arruinar los fundamentos de la verdadera fé, y del imperio de los Reyes, y ambos han hecho correr rios de sangre humana en las tres partes del mundo. Lo que el Profeta árabe no pudo acabar por su mano, pues murió en medio de la carrera de sus empresas; lo acabaron sus calífas. Pero el Corzo hace todos los estragos por sí mismo: cuida de su vida mas que Mahoma, que en un banquete murió envenenado con un plato de xigóte. El Corzo no convida, ni es convidado: lo mismo hacía nuestro Godoy, quando creciendo su poder crecía su temor. ¡Cómo se parecen los malvados sin verse ni conocerse!

Para mayor desgracia del genero humano empezó el Corzo sus sangrientas correrías desde muy mozo, y amenaza su continuacion hasta consumir sus dias. La misma desventura nos cayó con Godoy, que habia consumado ya todas sus maldades antes de los quarenta años. A lo menos los romanos tenían algun genero de consuelo en medio de la opresion. Si no mudaban de tiranía mudaban de tiranos muy á menudo: y ya que no hallasen alivio á sus males, hallaban el gozo de ver morir á sus autores á

manos de la venganza popular, ó de la impaciencia pretoriana. Hubo Emperador que no imperó seis meses, y alguno ni seis dias. Entre la aclamacion y el entierro solia mediar un corto espacio: y el primero y ultimo dia eran á lo menos dias de alegría. Pero Napoleon respira para no dexar respirar á los que tantos años ha que padecen.

No se contenta con el título y la soberbia de Emperador: aspira al de Criador. Ya que no puede decir yo crié el cielo y la tierra é hice el hombre á mi imagen y semejanza, trabaja por regenerarle, esto es, por mudarle la naturaleza; que ya lo ha conseguido, segun lo hemos experimentado, con sus franceses. En la forma humana de los cuerpos ningun poder tiene su soberbia: ¿quánto no sentirá su arrogancia de que no le nazcan hombres con quatro brazos, para hacerles disparar dos fusiles á un tiempo, y saquear á quatro manos? Una ley y una lengua en el Continente, y un rebaño de carneros de una misma lana: y héte ahí la paz, y la armonía universal que tanto desea; y despues venga el Anticristo. Sin duda no será Napoleon, porque de aquel se cuenta que sembrará pesetas á dos manos; pero este las recoge todas para sí.

Todo lo quiere abolir: aborrece todo lo que trae el sello de antigüedad. Quiere que sea todo obra de sus manos. No quiere ni los restos, ni el nombre, ni la memoria del feudalismo; y hace feudos del Imperio francés á las nuevas soberanías que cria. No queria títulos, ni distinciones hereditarias, para no sacar á los franceses de la igualdad; y acaba de criar Duques, Condes, Barones, y Nobles. Nada viejo quiere; ni nuestra monarquía: y toma de los romanos la legion, los vélites, el tribunado, el senado el prefecto, el senado consulto, y de los griegos el odeón, y el athenéo &c.

Ya que no puede mudar el órden de nacer en los hombres, ha inventado el modo de hacerlos morir. La execucion de la pena capital es nueva en la justicia civil, y solo conocida entre la soldadesca. Los patíbulos altos, con

\*

mo de degüello, garrote, y principalmente el de horca, se establecieron para que su vista amedrentase, y sirviesen de público escarmiento. En aquel estado, á lo menos, tiene el ajusticiado el consuelo de hablar al pueblo, de despedirse de sus amigos, de invocar al cielo, y de excitar la admiracion, ó la compasion de los expectadores, con su fortaleza, ó con su resignacion, antes de dar el caello al verdugo. Pero el desventurado que van á arcabucear (no fusilar), sin levantar los pies del suelo, espera el tiro como un tímido conejo en un corral, sin poder tender la vista al mundo para despedirse de él. Rodeado de verdugos, pues á este oficio ha reducido sus soldados, cierra los ojos, y le abren el pecho seis balazos, dexando bañada en sangre la tierra donde queda tendido. Y para que se junte á esta crueldad la mayor infamia, el soldado francés es verdugo y ladrón en una pieza: dexa encueros vivos al malaventurado que entregan á su discrecion, quitándole la ropa antes que los fusilazos se la destrozen. La pluma se cae de la mano, y no puede proseguir.

Ya que no puede formar otro mundo, se afana en transformar sus habitantes en béstias. No puede mudar la Geografía física y natural, ni el curso de los rios, ni las cadenas de los montes, ni el asiento de las ciudades, ni las barreras de la naturaleza; pero trastorna los límites políticos de las provincias y reynos; acorta ó alarga fronteras; quita ó añade territorios, al modo que destruye Reyes en un país y los levanta en otro, y muda ó borra sus antiguos nombres. El atlas del mundo está en blanco, como despues del dilúvio; y los grabadores están con el buril en la mano aguardando, antes de trazar los lindes de los estados, que S. M. I. acabe de fixar de una vez el último destino del Continente europeo.

Se acabó el estudio de la Geografía: todos sabemos el nombre de la tierra en que hemos nacido, y no podemos adivinar el de aquella en que morirémos. Se acabó tambien el de la historia, pues perdieron su existencia y su nombre las naciones, y pueblos que dieron asunto á

la memoria de los historiadores, y pasto á la curiosidad de los viajeros. Ya no existen, nacion holandesa, ni veneciána, ni genovesa; ni Helvécia, ni Lombardía, ni Piamonte, ni Toscana, ni estados Pontificios, ni Ciudades Hanseáticas: todo se lo ha tragado el vientre del Imperio francés. Estos estados, tan famosos en los anales de la edad média, se deben considerar como los de la Grecia y del Asia menor despues de las conquistas de Mahometo y Selim Emperadores de los turcos. ¿Dónde están hoy los reynos del Ponto, de Arménia, de Lydia, Cária, Cilicia? ¿dónde de la Jónia, la Phrigia, la Tróada? ¿dónde Macedonia, Trácia &c.? Los viajeros y los antiquarios buscan sus asientos en vano: y de muchas insignes ciudades ni las piedras han quedado.

Las conquistas de Napoleon no siguen el orden ni sistéma de las antiguas. Ahora no dexa leyes, costumbres, usos, privilegios, clases: todo lo trastorna, hasta el culto divino. Introduce su moneda, su idioma, sus fórmulas y reglas de gobierno, su constitucion política y militar, y su código civil. Muda los nombres á los institutos que se digna dexar en pié: y lo peor, derrama con las tropas, y comisionados que envia á las conquistas, la perversidad de sus costumbres y su impiedad: en una palabra esclaviza las almas y los cuerpos. Esto se llama entre los franceses *organizar*, esto es, descompagnar.

Despues de saquear y organizar los payses á su arbitrio, les muda hasta los nombres vulgares y conocidos, latinizándolos al uso antiguo, porque los eruditos de París solo son consultados para estas pedanterías. Pero como S. M. I. se cansa de todo, ó muda de miras; otras veces los vuelve á su comun denominacion. Ya hemos visto como el Milanesado se llamó al principio *República Transalpina*, luego *Cisalpina*, conforme el oriente por donde la contemplaban aquellas cabezas desorientadas. No contento el Corzo con esta última denominacion, la llamó *República Italiana*, voz que anunciaba ya la suerte futura de toda la Italia; y al fin la convirtió en *Reyno de Italia* pa-

ra no andarse con mas recatos ni disimulos. Así hemos visto como el Tigre I. y R. se ha ido esperezando, quando le creían algunos mas dormido, hasta alcanzar con sus garras el cabo de Otranto; y al recogerlas se ha llevado de un refilón los estados del Papa, y la Toscana. Gracias al mar que libró de su zarpa á Sicilia, porque no es fiera que hace al agua, y no quiere mojarse las uñas.

¿Por qué no mudaria este Protéo la ciudad de Nápoles en *Pantbénope*, y el reyno en *Magna-Grecia*, como mudó la Toscana en *Etrúria*, el Génovesado en *Ligúria*, la Holanda, en *Batavia*, la Flandes en *Bèlgica*, la Suiza en *Helvecia*? Ya han vuelto estos estados á su propia y moderna fisonomía, quitándoles la última máscara. ¿No es esto jugar con las naciones como los niños con sus trebejos? ¿Como no mudaría el conquistador el nombre de Portugal en el de *Lusitania*, que suena con rotundidad romana? El se entiende, y Dios le entiende.

Con estas transformaciones, desmembraciones, é incorporaciones quedan de tal suerte destrozados, y confundidos los estados que caen baxo de su poder, sea como Emperador, como Rey, ó como protector; que, aunque por muerte ó locura del monstruo que los gobierna, se descompusiese la gran máquina que ha levantado en la Europa; sería imposible sin una especie de resurreccion, que volviesen á su primer orden y estado las diferentes piezas que se separaron de ella, unas encaxadas en otras, y otras desbaratadas. De aquí nacerian nuevas querellas entre los herederos, pretendientes, y vecinos; nuevas guerras, nuevas calamidades para los infelices pueblos, que tendrian que sufrir el rigor del remedio, acaso tan duro como el mal que padecen. Me parece que oigo los gritos agudos de aquel que se ha dislocado un pié quando el Cirujano se lo vuelve á su sitio.

En otros tiempos no sufrían las provincias, y pueblos conquistados semejantes trastornos. No eran alterados sus usos, leyes, costumbres, fueros, y forma de gobierno: ni la moneda, ni las contribuciones experimentaban mudanza. No habia mas novedad que la de recibir un Virrey ó

Gobernador extranjero con su Secretario, y el encabezar las cédulas ó edictos con el nombre del nuevo Príncipe que les tocaba en suerte, por cesion, conquista, ó herencia. ¿Qué sucedió en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, y Payses-Bajos, quando eran de la corona de España? No experimentaron mas mudanza que la dinastía del Soberano. Eran vasallos de España sin ser españoles.

Pero Napoleon todo lo usurpa, porque no es heredero de nada, sino del infierno, y así todo lo trastorna, ó lo incorpora en la masa del Imperio francés, para que jamás puedan desasirse los infelices pueblos sin deshacerse el cuerpo que se los tragó y convirtió en su sustancia. ¡Amarga y desconsolada idea: dexar de ser lo que uno fué: perder su patria, y hasta su nombre! Francés serás, con escarapela tricolor te honrarás, y aguilucho comerás, mal que te sepa.

No hablémos mas de estos monumentos de la nueva tiranía; contentémonos los españoles con que aquí podría mudar primero el curso de los rios que los corazones. Hablarémos de su espíritu de rapacidad, con el qual ceba á sus exércitos para que sufran pacientes las fatigas y peligros de la guerra por la esperanza de los saqueos. Este genero de táctica vandálica la conoce bien toda la Europa y nosotros la acabamos de experimentar de la furia brutal y bárbara de sus hijos, tan parecidos á su padre, que nada hace con decoro sino con su natural fiereza. Aun en los vicios hay cierta manera que los dora, y les dá cierta templanza para quitarles parte de su fealdad. En la antigüedad hubo tambien famosos ladrones; pero los que se preciaban de astutos y políticos, por no ofender la religion de los pueblos, y la santidad de los templos, solian saquear con gracia y sin estrépito, y con su finura parece que querian pagar el precio de lo robado. Quando Dionisio, tirano de Sicilia, quitò á la estatua de Júpiter la capa de oro que tenia puesta, dixo: *En verano es pesada, y en invierno no abriga.* Otra vez, viendo á Esculápio con barbas de oro, dixo: *No parece bien que, no te =*

niendolas Apolo su padre, las tenga el hijo: y se las quitó. Pero Napoleon roba á lo Vérrés, y sus soldados á lo Aláno. Así ha enriquecido su gran muséo de París, formado casi todo de monumentos y preciosidades de los gabinetes de Europa, y despojos de las ciudades y córtés que tubieron la desgracia de recibir tal huesped. Deseaba tambien tener la espada de Francisco I, y no tubo valor para venir á buscarla: yo se la hubiera dado por la punta, sin sacarla de la armería. La noticia de este sacrificio, quando fué entregada á Murat, fué para mí una cruel estocada. El valor español la conquistò en Pavía, y tu perfidia, cobarde Corzo, nos la quita de las manos como regalo. Ya la tiene en su poder: júntela con la de Carlo-Magno, y la de Federico el Grande, ese chalán de hierro viejo; y tóqueselas despues en el corazon para probar su temple.

Antes fué París el empório de las ciencias y las letras; hoy es el almacén general de las rapiñas, centro del despotismo, y albañar de todos los vicios y escándalos del Imperio francés. Allí triunfan y se regalan como Sardanápalos los generales y pretores que han vuelto de las conquistas cargados de crímenes y tesoros.

No hay velo ni razones con que disculpar las barbaridades que cometen los fieros soldados de Napoleon en los templos. Concédaseles á su codicia è impiedad que saqueen los sagrarios y las sacristias que carguen con los santos si son de plata ó de oro, porque allí sacian su codicia con el valor del metal; pero que acuchillen las imágenes sagradas, y se entretengan en descabezarlas como si fuesen sensibles, no tiene disculpa, ni como odio, ni como diversion. La flaqueza de la naturaleza humana no puede servir de pretexto como en los demás excesos. Los moros harian esto; pero en este caso obrarian por un principio de su religion, esto es, el horror á la idolatría. Lo mismo harian, y han hecho, los protestantes en las guerras de religion, por el mismo principio. Pero los franceses, que no profesan ninguna, ¿por qué principio obran de este modo?

Sus oficiales lo permiten, y los generales no lo castigan. Siquiera podrian perdonar estas efigies, como modelos de escultura algunas, ya que se precian los franceses de protectores y conservadores de las nobles artes: su gusto ya no está hoy sino en el paladar, y en la sensualidad, y en hacer derramar lágrimas al que les ha dado buen hospedage.

Pero ¿qué se puede esperar de exércitos de ateistas: plaga nueva en el mundo, y desconocida en la historia? Permitese entre ellos toda creencia, pero ningun culto: el cristiano, el judío, el herege, el gentil, á fuerza de perder todo exercicio de religion, falto de exemplo y de consejo, en su vida errante y feroz de los exércitos, donde van incorporados como hermanos, no en Cristo, sino en Napoleon; se convierten en hombres sin humanidad, ni piedad, ni sentimiento ninguno de moralidad. Solo se permite y prescribe la idolatría en los exércitos y en los vastos dominios del Imperio francés, no la de Céres, ni de Cibéles, emblemas de la agricultura, y de la civilizacion de los pueblos, sino del nùmen maléfico Napoleon, el Emperador por su palabra, el omnipotente por la de sus infames adoradores, y el héroe por la de los que valen mas y pueden menos que él. *Vive l' Empereur* es el juramento, y la invocacion diaria de sus soldados en guerra y en paz. *Vive la liberté* fué antes quando eran los franceses mas sábios y mas locos. *Vive la paix* fué el penúltimo, quando espiraba la República. Con tan augusta salutacion se acuestan y levantan hoy los que sufren la esclavitud, y los que la defienden con las armas. No tienen otra deidad á quien invocar, porque no ven otra á quien temer.

Al cielo no levantan los ojos sino los logreros, y los astrónomos, que son los únicos sabios que no le incomodan: y no sé cómo se han olvidado de dedicarle algun nuevo astro, ó alguna constelacion de mal agüero prestándole su nombre; ó de desalojar de sus nichos del Zodiaco algun signo, como el Sr. Escorpion ó el Sr. Cáncer, colocando en su lugar la funesta figura de Napoleon.

Tampoco comprendo por qué, siendo la Botánica otro de los estudios que ha dexado salvos y libres en su Imperio, no le han immortalizado sus profesores, bautizando con el nombre de este monstruo alguna planta de la familia de las venenosas? Pero él dirá para sí: mis obras me han immortalizado: mientras haya hombres no se les caerá mi nombre de la memoria: mi reyno es de este mundo: estése Dios en los cielos, pues no le he de ver la cara.

En Francia todo suena, ó revolucion, ó regeneracion. En el tiempo del furor democrático se quitáron los nombres de reyes y de santos, á las plazas, calles, y establecimientos públicos, convirtiéndolos en *nacionales y republicanos*. Viene el Corzo Napoleon á regenerarlos, y todo se napoleoniza, y con su nombre se rebautizan pueblos, plazas, calles, teatros, museos, paseos, puertas, puertos, navíos, institutos, y leyes. Solo falta que se diga: Napoleon me valga=vive Napoleon=Napoleon ayude á Vm.=vaya Vm. con Napoleon: del modo que hemos dicho hasta aquí: *Dios me valga: vive Dios: ayúdete á Vm. Dios: vaya Vm. con Dios.*

Quisiera despedirme para siempre de Napoleon, y no volver á emplear la pluma en sacarle el retrato; es muy difícil de darle el verdadero color, porque no tiene ninguno constante. Su nombre me estomága, y su memoria me aflige: y tan presente le tengo, que en sueños batallo con él, y con sus exércitos, para dar fin de una vez á tan larga y reñida contienda.

Soñé noches pasadas (tal era mi deseo de pacificar muy pronto la Europa sin disparar un tiro) que me habia convertido en gigante enormísimo, como de unas veinte leguas de altura, calzando un zueco de unas dos leguas de largo. Y como para mi empresa no necesitaba de armas ni del uso de mis brazos; encomendé la aniquilacion de los que tantos años hace que inquietan la tierra al solo peso de mis pisadas. Salí á pasear el afligido continente: en quatro zancadas me planté de Madrid á Dantzick, y en pocas mas desde Copenhague á la Calábria.

Y sin perder jornada, como quien se sacude el polvo del calzado, aplasté, á manera de hormigas, de la primera patada diez mil coraceros francéses, mas allá quarenta batallones de línea, en una parte diez mil dragones, en otra seis mil gendarmas; de un puntillón eché á volar por encima de las nubes todas las castas de canalla ligera, *ebasseurs, tirailleurs, velites voltigeurs*; y de una coz rodaron hasta ahogarse en el Rhin todos los mamelucos, ellos, y sus caballos, con sus alfanges, gúrnias, y pistolas. Y luego, dando una media vuelta, me planté de pies sobre París, y aplasté toda la guardia imperial, y el Senado conservador: al Emperador no le pude divisar, por más ojos que yo me hacia. Dispertéme, pues era inaguantable la pesadilla, y me hallé, lo que es Napoleon, otra vez una hormiguilla en este globo invisible en la inmensidad del universo, y exclamé: ¡O! Dios eterno: solo tú eres alto, tú solo grande; y no los Emperadores que representan la farsa de su vano poder en la mísera mansion de los mortales!

Mal haya el que inventó la pólvora, y el primero que la usó para la guerra! Sirviéra para castillos y artificios de fuego, que fuera para regocijo y diversion de los pueblos, y no para su terror y destruccion. Desde entonces han quedado ociosos los brazos y el valor personal de los hombres, y la fuerza y brio de los caballos y de los ginetes, que sin poder desplegar su ímpetu y velocidad quando convendria, han de sufrir el destrozo de la bala de cañon, ò de la metralla. Quando las lides campales se decidian al arma blanca, el paysano distaba menos del soldado; ó digase con mas propiedad, no habia soldados de oficio y de ordenanza. Pero los francéses, ya que no inventaron la pólvora, fueron los primeros que diéron el mal exemplo á la Europa de mantener en pie de guerra un ejército permanente. En el reynado de Carlos VII se formó uu cuerpo de diez y seis mil hombres enregimentados: y Luis XIV vino despues, poseido de su ambicion,

\*

á dar el peor y mas funesto exemplo á todas las grandes potencias, de aniquilar sus pueblos y su erário para poner en campaña exércitos de doscientos, y trescientos mil combatientes. ¡ Que levas, y quintas, y que sobrecarga de contribuciones para los gastos de tan formidables armamentos!

Dícese que inventaron las bombas, y las bayonetas. ¿Quándo inventarán una cosa buena para consuelo del hombre? Ya inventaron la guillotina para abreviarle la muerte, cortando cabezas como quien descabeza mazorcas de maíz. Tambien inventaron la máquina de corbatines y manillas de hierro para conducir hermanablemente conscriptos al campo del honor, donde hallarán á sus hermanos de armas que les darán la bienvenida. Y dicen que está tan bien montada ésta máquina, y con tal artificio y delicadeza, que al pobre hijo de Napoleon, que no sigue el compás de la manada de sus compañeros ahetrojados, ó se hace el remolón, queda ahogado sin que nadie le ponga un dedo encima. Rasgos de tan inhumana crueldad solo los he leído en una antigua relacion de lo que hacían los arráezes con los cautivos galeotes, quienes, para obligarles á remar con diligencia y sin cesar quando daban caza á un vaxél de cristianos, les pasaban un lazo corrido por el pescuezo, atado á la punta del guión del remo, de manera que, quando de cansados no pudiesen bogar mas, soltando el remo de las manos quedasen ahorcados. Para mas terror añadía el cómitre otra mas horrosa inhumanidad: cortaba de un alfanjazo un brazo al remero mas floxo, y con él iba por la cruxía azotando á los demás. No quisiera que leyesen estos exemplos los maquinistas francéses, que podrian aplicarlos á sus galeras quando tengan marina; bien que allí sin estos vaxéles todos reman dias hace.

¡ Alerta, Españoles! Centinelas sois todavia, y no hay que abandonar el puesto, ni de dia, ni de noche: no nos cojan desprevenidos. Al francés se le debe temer lo mismo al que lleva la piedra de amolar al hombro, ó nos vende paquetes de medias, que al que lleva el fusil;

es gente de guerra, pues está dispuesta á tomarlo contra nosotros en la ocasion. El peluquero dexará sus trebejos, y tomará las fornituras si se lo manda su gobierno. Claro lo ha visto la cautiva Barcelona, quando el infame general Duhesme hizo armar á los paysanos franceses que se hallaban domiciliados dentro de la ciudad, para ayudarle en las faenas de la guarnicion, y en la opresion de los mismos que les habian dado entrada, albergue, y buena amistad. Los mismos tahoneros, taberneros, y tratantes, que estaban avecindados en nuestras villas y lugares, servian últimamente de espías á las tropas francesas que nos venian á conquistar. Estos enemigos con sobrecrito de paz no nos habrán hecho menos daños que los armados. Muy bien se dice que el hábito no hace al monje. Así se vió en el levantamiento de Portugal de 1640 quando, abusando de la bondad y hospitalidad española, enviaba la Francia al Duque de Braganza algunos millares de soldados á la desfilada en hábito de peregrinos, con achaque de romería á Santiago de Galicia, que era entonces comun devocion en ellos: y salvos con este título, pasaban no solo libres por España, sino que los mantenía nuestra piedad, y les daba hospedage.

De todas maneras nos han hecho la guerra, unas veces con las armas, y otras con la pluma. ¡Qué elogios y que justicia les debemos hablando de nuestras letras y ciencias, y de las personas doctas que honraron la historia, la poesía, y las humanidades antes que ellos las conociesen! El sábio y modesto Mably niega al P. Mariana el verdadero talento para la historia, solo porque era fray-le. Dexo este campo abierto á los sábios españoles que deseen entrar en esta contienda, la qual no es de mi proposito.

Si pasamos á leer sus viageros, la paciencia y moderacion no alcanzan á sufrir tantos desbarros y desatinos como han escrito en sus relaciones, equivocandolo todo con su natural ligereza, ó fingiendo lo que solo existia en su loca fantasía. He leído en un viage por España, escri-

to por un cierto Conde; que en el estanque del palacio real del Buen-Retiro hay quatro Capillas, una en cada ángulo; y son quatro nórias cubiertas. El viagero no quiso asomar la cabeza, para enterarse del destino de aquellas quatro cassillas. Pero ¿ como habia de quererse desengañar un francés que no queria perder la ocasion de pintarnos supersticiosos? Otro viagero nos cuenta: que al entrar en Madrid por la calle de Alcalá, vió un espectáculo encantado: tantas filas de naranjos, y los balcones llenos de monos y papagayos. El era el naranjo, el mono y el papagayo.

Este de los viageros no es ramo menos fecundo que el anterior, para que se exercite la pluma de alguna persona de buen gusto, zelo, è instruccion que haga conocer al público español el desacierto è ignorancia con que escriben de nuestras cosas los mismos autores que se venden por testigos de vista. Pero ¿ con qué ojos miran aquellos *aturdidos*? Yo creeré que no son ojos, sino anteojos, segun es la pasion y avilantèz con que hablan de lo que ni exâminan, ni conocen, solo para ridiculizarnos. Fatigado y fastidiado estoy ya de hablar de nuestros enemigos. Napoleones, Franceses, y Godoyes, dexadme en paz: ni vuestra sombra quiero ver, ni oir mas vuestro odioso nombre, Voy á consolarme con mis españoles, dirigiendo á las diferentes clases que componen la nacion mis votos y mis patrióticos afectos.

Espanoles ilustres que componeis el cuerpo de la nobleza: armados corred al campo del honor. La distincion de cada caballero, y de cada magnáte, consiste ahora en qual será el primero en llegar á la vista del enemigo, y qual ofrecerá mayores dones en las aras de la patria. Vosotros teneis mas que defender que las otras clases, porque, sobre los trabajos è injurias comunes á todos como cristianos y como ciudadanos, ibais á sufrir el último abatimiento y miseria, y aun á perder vuestra existencia política. Eclipsados el lustre de vuestras familias, y el honor heredado de vuestros abuelos, Napoleon os iba á reducir vuestras rentas á una cosa moderada; porque

S. M. I. no gusta de ricos, sino de pobres de espíritu y de bolsa.

Y vosotros tambien, Ministros del Señor, dignáos prestarme oídos en esta ocasion: no pretendo amonestaros lo que habeis de hacer en esta lucha de la religion con la impiedad, sino daros las gracias de lo que habeis hecho. Escuchad mis débiles palabras, si os es lícito oír á un profano, pues todos tenemos, en los tiempos de calamidad general, plena mision para predicar la defensa de la patria, de la qual todos somos miembros vivos.

Zánganos perjudiciales á la agricultura, á la industria, á la poblacion, y entes inútiles á la sociedad humana: así os trataba la eloqüencia político-económico-filosófica de los sábios de Francia, y baxo de este despreciable emblema os calificaba el sistéma exterminador de Napoleon. Ya estaríais destinados por los que venian á regenerarnos á tomar una azada, ó un fusil, perdiendo vuestra existencia, y hasta el nombre. Le hacia sombra esta clase de milicia, que él ha ido reformando por donde pasa la suya. Bien conocia que podria vuestro influxo, si nó darnos las armas, fortalecernos el ánimo para tomarlas.

No sois útiles para la fuerza de los estados, decian sus venales escritores; pero al mismo tiempo Murat y Josef contaban con vuestro auxilio mas que con sus bayonetas. Y si nó ¿por qué os encargaban que empleaseis vuestro exemplo y vuestra autoridad para aplacar el santo enojo de los pueblos, predicándoles la sumision al gobierno intruso de nuestros enemigos? Entonces llamaban y convocaban á las cabezas y prelados de ambos clerics como ministros del Señor y directores de las almas: y esto ¿no era confesar vuestro poder, y temerle al mismo tiempo? Sería esta la única vez que se acordarian en España de que habia un Dios, y una alma inmortal.

Mostraron aquellos pérfidos y descreidos adoradores de Baal-Napoleon quan grande era la necesidad que tenian de vosotros para consumir la obra de sus iniquidades. Querian que predicaseis á los españoles paz, man-

sedumbre, paciencia, y obediencia, como si vosotros fuéis extranjeros; pero ya vieron, con harto dolor, que soplabais el fuego de la venganza contra los enemigos del cielo y de la tierra.

¡Quánto trabajaria su nécia política despues para seducir á los frayles en ambas Américas, porque no ignorarian Napoleon, y sus magos, que la larga conservacion y seguridad de aquellas vastas regiones del imperio español se debe casi enteramente á los predicadores del Evangelio! ¿Con qué esperanzas tan lisonjeras irá el intrépido Dupont á tomar posesion de Cádiz y Sevilla, para abrir desde aquellos dos emporios inmensos rumbos á la ambicion y codicia de su amo y señor? Pero éste Hércules novel no logró echar la vista al gran padre de las aguas el Oceano, y tubo que decir *non plus ultra* en los campos de Baylén, y sepultar allí su gloria.

¿Podria tampoco olvidarme del distinguido lugar que ocupais en mi memoria, y en la de todos mis compatriotas en esta santa lucha, vosotros nobles habitantes del otro emisferio, hijos ilustres de la sangre española, descendientes de los pobladores, y conservadores del nuevo mundo, y seguidores del Evangelio, cuya primera luz envió á esas regiones la piedad y grandeza de los Reyes católicos? Ya que la naturaleza os colocó tan apartados de vuestra madre, que no podeis venir á socorrerla con vuestros brazos, y vuestro valor heredado, en su extrema necesidad y peligro, sino con vuestras desos; favorecedla entre tanto con vuestra plata y vuestro oro; y sea la primera vez que éste metal, que tantos males ha causado en el mundo, sirva al bien del género humano. Ya no pasará á las manos codiciosas de los franceses, con el qual nos hacia la guerra aquella ingrata nacion. Cerrados están los pirineos, cerrados los puertos, cerrada toda amistad, y trato humano, y cortadas las manos de los que nos arrancaban los tesoros de nuestro erário, que era tambien vuestro.

Defended con los poderosos auxilios que os dió la

rica y liberal naturaleza á vuestra antigua madre que por vieja queria el insolente Corzo echarla al muladar; y daros otra, remozada, y vestida á la francesa moderna.

Tambien os queria casar este incestuoso con sus hijos adoptivos; y no sabía que estabais casados con nosotros tres siglos hace. El creeria que no habia mas españoles que engañar y vencer que los que vivimos en España; y no sabía que la corona de Fernando cuenta veinte y quatro millones de vasallos en ambos mundos. Que vuelva á enjugar las lágrimas á los afligidos representantes del comercio de Burdeos y de Bayona, que le lloraron su miseria al paso por aquellas ciudades implorando su providencia, donde les dixo: *tened paciencia, es menester sufrir para ser felices: vosotros comerciaréis en las Colonias españolas y portuguesas.* Tal era el plan que llevaba en el bolsillo, para hacer de nosotros y vosotros patrimonio y herencia de sus hijos primogénitos. Búsqueles otros recursos, ó fórjese otro emisferio: ya no tiene mas tierra que la que pisa, y el mar le ha negado dias ha la obediencia.

A todos los pueblos á quienes promete prosperidad les exhôrta á que sufran y hagan sacrificios, que los franceses llaman *privaciones.* Parece un misionero apostólico, que predica mortificacion y penitencia, menos para sí. ¿Quántos años hace que se burla con estas frases hipócritas de la paciencia de los hombres? Quiere acrisolarlos mas para hacerlos dignos del sumo bien que les tiene preparado. Ofrece continuamente paz y felicidad á los habitantes desgraciados que componen el Imperio francés, inculcándoles la abstinencia y desnudez para seguir el bloqueo de Inglaterra. ¿Qué importa, dirá él, que no venga mas grana, ni añil, ni palo de tinte de América? Vestirán de paño del color de la lana, pues son sus borrègos. A falta de algodón, sus naturalistas ya buscarán otras plantas que suplan su uso y comodidad. A falta de azúcar de caña dulce, sus químicos sacarán sustancias equivalentes de uvas y de remolachas en sus laboratorios. Esto se llama

entre ellos *forzar à la naturaleza*, por no dejar nada inviolado de sus manos. Pasarán sin pimienta, canela, ni clavo, que hoy viene por mano de los ingleses, pues no son artículos de primera necesidad. Quiere Napoleon probar que el hombre, aun en sociedad, puede vestir de lana, ó de pieles, y calzar abarcas; condimentar con pimentón, ajos, y cominos; y tambien comer en un dornajo como el cerdo. Pero vemos que de esta parcimonia, austeridad, y selvaticuéz, que predica este fiero reformador de la vida humana, no es él quien nos dá el exemplo; ni él, ni sus aúlicos è íntimos servidores, Heliogábalos en todos sentidos, cuya gula despuebla los elementos. Que esos asesinos de los hombres (no quiero decir de sus semejantes à la francesa, porque ellos no se asemejan à nadie) no vean mas en sus manos vuestras salutíferas plantas, vuestros divinos bálsamos, ni el palo santo, ni la santísima quina. Vivan como quieran, y mueran como puedan. No harán xabon con nuestra barrilla, ni paño con nuestra lana ni sogas con nuestro esparto, si no las piden para ahorcarse.

Vosotros teneis el oro, dichosos hermanos nuestros del nuevo mundo, y nosotros el hierro, para hacer la guerra al asolador de ambos. ¿Qué mas tenemos ya que pedir à la Providencia, que nos ha hermanado à rodos con los generosos ingleses, abriendonos los mares, para que nos podamos dar otra vez las manos, y abrazar à vuestros jóvenes bizarros que quieran venir à ser compañeros y testigos de nuestra victorias?

¿Podria mi pluma olvidarse de tributar el debido honor y reconocimiento à los guerreros que están à la vista del enemigo en campaña, y à los alistados que vuelan à los exércitos à ser compañeros de sus gloriosos trabajos? ¡O! vosotros todos, hermanos de armas y de voluntad; hijos, no de Marte, que es mentida deidad, sino de España, madre verdadera de varones esforzados! No pienso haceros el agravio de recomendaros el valor, que es patrimonio vuestro; tampoco la venganza de los ultrages que ha recibido la santa religion de vuestros padres, pues la

teneis jurada ; tampoco la constancia , quando se trata de salvar la patria amenazada y ofendida ; tampoco el amor que debeis à Fernando , digno de amor y de compasion , que reyna en nuestros corazones. ¡ Ah ! esta preciosa corona no se la puede quitar el cruel Napoleon , ni la que le labran los Angeles en el Cielo ! Perdonadme ¡ marcial y valiente juventud , que os encargue la obediencia à los caudillos que os conducen al campo de la gloria , y la vigilancia , y la mas rigorosa disciplina , que es la que salva las vidas , ó las hace vender caras al enemigo. La patria os está mirando , bizarros guerreros ; y los que no podemos acompañaros con las armas , os seguimos con los corazones. En estos se grabarán vuestros nombres con vuestras hazañas , y no en metales insensibles ; y de este modo pasará por herencia la dulce memoria de ellas de generacion en generacion , que duran mas que la historia.

Nunca entregueis las armas al enemigo sino por la punta : nunca os dexéis coger vivos , sino muertos : nunca os espante el número de las huestes enemigas , ni su formidable aparato. Acordáos de lo que respondió un capitán griego al que le queria atemorizar ponderandole las enormes fuerzas del Rey de Persia antes de darle la batalla , diciendole : son tantos , que taparán el sol con sus saetas : *mejor* , le respondió , *así pelearèmos à la sombra*. A otro que , temeroso , le advirtió ; los enemigos están cerca de nosotros , le dixo muy serenamente : *y nosotros cerca de ellos*. Envióle à decir el potentísimo Xerxes , despreciando su corto número de combatientes : *rinde las armas ; y el valiente espartano le contestó : ven tú à tomarlas*. Adonde quiera que os lleve la fortuna llevais la patria con vosotros. Quando pereciérais todos irémos los viejos , los niños , y las mugeres à enterrarnos con vosotros ; y las naciones que trasladen à esta desolada region sus hogares y su servidumbre , leerán atónitas : **AQUI YACE ESPAÑA LIBRE**. Y yo doy aquí fin à este escrito por no morir-me antes de tiempo.

19,80 x 14

~~ADVERTENCIA~~  
~~ADVERTENCIA~~  
~~A LOS LECTORES ESCRUPULOSOS.~~

Quando digo en la parte primera de la Centinela; pag. 1, línea 11: que pueden salir del pellejo los corazones, no se tome el pellejo por errata de pecho, como han creído algunos. Es metáfora usada por Antonio Perez en una de sus Cartas, donde dice: *infelices tiempos aquellos en que no osan salir del pellejo los corazones.* Yo la adopté para igual caso, no solo por verla afianzada en tan gran maestro, sino porque tiene mas energía y evidencia salir del pellejo que salir del pecho: y no es lugar este para dar mis razones.

Quando digo en la pag. 52, lín. 19: que en Francia murieron quatro de sus Reyes á hierro, no habiendo sido en la realidad mas que dos; quiero contar los atentados contra sus vidas como asesinatos verdaderos. Henrique IV no murió de la primera herida, pero murió de la segunda por Ravillac; y Luis XV fue herido por Pedro Damiens, bien que curó del golpe mortal. Conté como víctimas los atentados de los regicidas, que es lo que allí hace á mi propósito.

Quando en la pag. 64, lín. 5 y 6, llamo Conde de Benevento á Tayllerand, y no Príncipe, fué por equivocacion, causada tal vez del fastidio que sentí al tener que nombrar tal mueble. Bonáparte le hizo Príncipe, y yo Conde: y ahora digo, que para mí, ni es lo uno, ni lo otro, y que siento haberle corregido en la reimpression. Equivoqué el apellido Tayllerand por Tellayrand; y no he querido enmendarlo, porque un coxo, ex-Obispo, y casado, no puede ser sino él mismo, y siempre el mismo, y quiero que salga estropeado tambien de mis manos.

Dexo á la perspicacia de los lectores la correccion de las que son propriamente erratas, que serán algunas, atendiendo á que se han hecho reimpressiones fuera de mi vista, y de mi noticia como *encubar* por *encubrir*, pag. 12, lín. 2, en la parte primera, y alguna otra de este jaez.





